



# La Revolución de Barcelona

(Semana Trágica, 1909)



José Comaposada





Preliminares  
La huelga general  
En plena revolución  
La quema de conventos  
Asalto de un cuartel. El hombre del terrado  
Sangriento epílogo: La profanación de cadáveres  
La represión  
Francisco Ferrer  
Conclusión





## Preliminares

Para describir los sucesos ocurridos en la capital de Cataluña durante la semana del 20 al 31 de julio último sería preciso, no un relato sintético como el que nos proponemos hacer, sino un abultado tomo de algunos centenares de páginas, en las que se acompañase en todo momento, a la clara explicación de los hechos, el correspondiente comentario.

Más como, dados los límites que nos hemos impuesto, es esto imposible, haremos cuanto nos sea dable para concretar y resumir, con el exclusivo fin de que el lector tenga de los mentados sucesos una idea aproximada, tan imparcial como exacta, desprovista de las exageraciones tan torpes como ridículas transmitidas a todas partes por periodistas y escritores a sueldo de la burguesía reaccionaria, con el propósito de dar cumplida satisfacción a la ruindad de sus bajas pasiones.

\*

El embarque de reservistas en el puerto de Barcelona, en el mismo puerto donde se había presenciado el envío de tantos miles de hombres en la flor de su juventud para Cuba y Filipinas, devueltos a la Península en pequeños restos de aspecto hambriento y cadavérico; la *reprise* de aquellos embarques, presenciado por inmenso público, parte del cual llora aún la pérdida de seres queridos, cuyos huesos quedaron para siempre en las que fueron últimas colonias de España; el llamamiento a los reservistas, casados muchos, con hijos no pocos; las noticias que se recibían de Melilla, nada halagüeñas; la general convicción de que la guerra que acababa de emprenderse no afectaba en lo más mínimo a los intereses de la nación, sino a los de algunos capitalistas, dueños de determinadas minas de Marruecos, y el irritante privilegio, siempre en pie, imponiendo a los desheredados la dolorosa contribución de sangre y eximiendo de ella a los inútiles, a los satisfechos, a los que disponen de un puñado de pesetas, fueron otros tantos motivos de disgusto para el pueblo obrero, que se enterneció al presenciar el despido que padres, madres, hermanas y esposas hacían a los destinados a luchar y acaso a perecer en el Rif.

De este general descontento surgió espontáneo el espíritu de protesta,



manifestado en las calles de Barcelona durante la semana anterior a la de la revuelta, en la que repetidos grupos, que fueron siempre disueltos por las fuerzas de Orden público, intentaron, aunque en vano, exteriorizar este sentimiento del pueblo.

Estas tentativas de manifestación fueron reprimidas de una manera brutal por Ossorio -el gobernador más orgulloso y fanfarrón de cuantos han existido desde que hay gobernadores en el mundo- el cual se permitió publicar un bando en el que insultaba a los manifestantes, diciendo de ellos que eran *profesionales de la algarada* y otras simplezas impropias de un candidato a ministro, según era por aquel entonces el muy hinchado y petulante señor Ossorio y Gallardo. Durante su largo período de mando en el Gobierno civil de Barcelona había tenido este señor el triste don de malquistarse con todo el mundo, estando de él hasta la coronilla, así los industriales como los obreros, lo propio los artistas que las empresas teatrales, cafés, periódicos, etc., etc., pues a todos había molestado, a todos había perjudicado en sus intereses y hecho sentir los efectos de su tiranía y de su incomparable orgullo.

A la masa del pueblo dispuesta a protestar contra el Gobierno por la loca aventura de Melilla, uníase, pues, otra gran masa pronta a hacer algo, fuere lo que fuere, encaminado a poner término a la dictadura, que no por ser de opereta dejaba de resultarle sumamente perjudicial, ejercida desde el Gobierno civil de la provincia.

Habíase empezado a celebrar una serie de mitins de protesta contra la guerra, entre ellos uno de importantísimo en Tarrasa, en el que habían tomado parte anarquistas y socialistas, aprobándose unas conclusiones francamente revolucionarias. Iguales actos se preparaban en Sabadell, Mataró y otras importantes poblaciones de Cataluña. En Barcelona se había iniciado la idea de la celebración de un gran mitin, en el que habían de hacer oír su voz socialistas, sindicalistas y anarquistas, exteriorizando sus sentimientos de aversión y de protesta contra el odioso principio de la guerra en general, y contra la de Melilla en particular.

Las noticias de Marruecos, que empezaban a llegar mutiladas por la censura, eran comentadísimas en todas partes. En el taller, en el café, en el teatro, en el paseo, no se hablaba más que de la nueva calamidad que pesaba sobre España, de la guerra que empezaba a diezmar nuestra juventud, apenas rehecha de las hecatombes de Cuba y Filipinas. La misma censura, tachando lo que al Gobierno no le convenía que fuese del dominio



del pueblo, contribuía a hacer mayor la alarma y la intranquilidad. Circulaban noticias estupendas. De tal batallón, que habíamos visto embarcar pocos días antes, solo quedaban con vida contados soldados; los restantes habían muerto víctimas de las balas de los moros o de enfermedades contraídas al llegar al suelo africano.

Nuevos embarques realizados en el muelle hacían más verosímiles las anteriores versiones. Además, como el Gobierno había dicho que sólo mandaría 6.000 hombres a Melilla, y como los embarcados eran ya muchos más, la deducción era lógica.

El domingo 18 de julio, a las cinco de la tarde, abandonaba el cuartel del Buen Suceso otro batallón de cazadores, el de Barcelona.

No siguió a lo largo de las Ramblas, como los anteriores, pero la atravesó en medio de un grupo compacto, apretado, que llenaba la gran arteria y las calles de Santa Ana y Canuda. En las conversaciones, en los semblantes, en las lágrimas vertidas por ancianas mujeres y jóvenes mozas se reflejaba algo de lo que pensaban y sentían. Era aquella una palpitación del pueblo, sincera y expresiva, que no dejaba lugar a la menor duda. En el momento del embarque ocurrió algo que de un modo velado expusieron los periódicos del siguiente día. Exasperó más los ánimos de la multitud que acudía a despedir a los soldados al muelle, la presencia de empirigotadas señoras que repartían escapularios y otras baratijas a los muchachos, no pocos de los cuales los echaron al agua desde la cubierta del mismo vapor que había de conducirlos a Melilla.

El mismo domingo 18 celebró su II Congreso la Federación Socialista de Cataluña, aprobándose en él una protesta contra la guerra y la celebración de una serie de mitins, el primero de los cuales había de ser organizado por la Juventud Socialista de esta capital en brevísimo plazo.

También Solidaridad Obrera, el primer organismo económico de los trabajadores de la región catalana, convocó para el viernes 23 de julio una reunión de delegados de las secciones adheridas, para tratar de la guerra de Melilla. En el orden del día, que fue enviada al Gobierno civil con el oficio dando cuenta de la reunión, no se decía más; no obstante, el gobernador no se limitó a prohibir el acto, sino que mandó el documento a los tribunales. La reunión oficial no se celebró. A la hora anunciada, el gobernador, muy *vivo*, envió un delegado al local de Solidaridad, pudiéndose convencer este servidor de Ossorio de que los obreros ajustaban su conducta a los mandatos de la primera autoridad civil.



Al propio tiempo, *La Internacional* de aquella semana lanzaba la idea de convocar inmediatamente un Congreso nacional de sociedades obreras para discutir si procedía acordar la huelga general como protesta contra la guerra de Marruecos.

Es imposible demostrar la rapidez con que se abrió paso la idea. El jueves se publicaba el número de *La Internacional*, el viernes se convocó la reunión de Solidaridad Obrera, aunque no se llevó a efecto, según dispuso el gobernador. No obstante, el sábado era creencia general que el lunes estallaría la huelga. Hemos dicho creencia general y debemos añadir menos de las autoridades, que, como siempre, ignoraban por completo el pensar y el sentir del pueblo.

### **La huelga general**

No faltó quien durante la semana que precedió a la de los acontecimientos propuso que el movimiento se aplazase hasta el 2 de agosto, con el propósito de que revistiese un carácter más general, extendiéndose, a ser posible, a todas las poblaciones de España y dándole la uniformidad de que, de otra manera, forzosamente había de carecer. Conforme estaba la mayoría con este razonamiento, pero un número no pequeño de impacientes se opuso a esta proposición, suponiendo que de aceptarse perdería oportunidad el movimiento. Los hechos han evidenciado después la trascendentalísima importancia que la protesta hubiese revestido de haber alcanzado en el resto de España sólo una parte de la consistencia tenida en Cataluña. ¡Quién sabe las consecuencias que hubiera tenido un movimiento general de esta naturaleza, sin la impaciencia de algunos compañeros, entusiastas, sí, pero, en nuestro concepto, equivocados, por esperarlo todo de la acción individual, desconociendo la gran función social llamada a desempeñar por la colectividad obrera!. Admiradores de la escuela de Nietzsche, la humanidad no existe para ellos más que en la forma de individuos aislados, sin que la acumulación de esfuerzos de las multitudes constituya ningún factor en la eterna obra de perfeccionamiento social y de progreso humano.

Se iba, pues, definitivamente al paro general; y ya de acuerdo con él todas las fuerzas obreras militantes, sin distinción de escuelas, pusieron a trabajar con gran denuedo. Durante el sábado fueron escritas gran número de cartas, dirigidas en su mayoría a diversas poblaciones de Cataluña



dando cuenta de la situación y de los propósitos que se perseguían.

El domingo 25 acudieron a Barcelona algunos delegados de organizaciones obreras: unos venían con el fin de ultimar detalles respecto a la celebración de mitins de protesta contra la guerra, otros para asuntos de Solidaridad Obrera, etc, a todos los cuales se les puso al corriente de los propósitos que abrigaba el proletariado barcelonés, prometiendo todos hacer lo posible para secundar el movimiento.

Así transcurrió el domingo, y cerca de la una de la madrugada reunióse por primera vez en pleno la Comisión Ejecutiva de la huelga, compuesta exclusivamente de delegados de entidades obreras, socialistas y anarquistas. Cuanto se ha dicho, pues, de intervención de elementos no obreros, es pura fábula inventada con los más aviesos fines.

A las tres de la madrugada terminó la reunión de referencia, e inmediatamente se transmitieron las órdenes oportunas para que no empezase el trabajo en fábricas y talleres. A las cinco de la mañana había apostadas en todas las grandes vías por donde pasan los obreros que viven en los suburbios al dirigirse a la ciudad, delegados que transmitían el acuerdo de la huelga general, que era recibido con aplausos, particularmente por las mujeres. A medida que se transmitía la orden se constituían espontáneamente nuevas comisiones que recorrían los sitios de trabajo, invitando a abandonarlo a los pocos obreros que, desconocedores unos de lo que ocurría y apocados otros, habían acudido a la labor a la hora de los demás días.

Hasta aquí todo había salido bien. El paro, que ya podía considerarse general, se había efectuado sin la menor protesta, casi sin encontrar la más pequeña resistencia en ninguna parte; tan identificado estaba el pueblo obrero con la protesta contra la desatentada guerra de Melilla, que conceptuaba hecha exclusivamente para defender los intereses de una Compañía minera.

Pero pronto corrió la noticia de que circulaban los tranvías.

La Comisión de Huelga había contado ya con ello. Sabía que Foronda, gerente de la Compañía de Tranvías de Barcelona, diputado maurista y amigo íntimo de Ossorio, no había de conformarse con el paro y era de esperar que pondría los carruajes en circulación, como así lo hizo. Sabía además la Comisión que no podía contar con la cooperación del personal de la Compañía, reclutado casi todo en el distrito de que es diputado cunero Foronda y refractario a la asociación, hasta el punto de haber sido inútiles



cuantos trabajos se han hecho para reorganizar la Sociedad de Obreros de Tranvías, en un tiempo la más importante y batalladora de Barcelona y acaso de España. La última tentativa de reorganización costó cerca de un centenar de despedidos y algunas detenciones. Además, Ossorio se atrevió a decir a una comisión de obreros tranviarios que le visitó una vez, que mientras él estuviese en Barcelona los tranvías circularían siempre. Por todo ello, la Comisión de Huelga daba como cosa cierta que la mayor dificultad con que había de tropezar serían los tranvías.

Mas la noticia de que éstos circulaban empezó a divulgarse por los suburbios, y a eso de las nueve de la mañana acudieron al paseo de Gracia, a la Gran Vía y a las Rondas en toda su extensión miles y miles de trabajadores de ambos sexos procedentes de las afueras y dispuestos a impedir la circulación de todo género de vehículos. Se dio la orden de paro a los conductores de tranvías, contestando unos que cumplían órdenes recibidas y haciéndose otros los desentendidos. Pronto una lluvia de piedras destrozó los cristales de algunos coches, mientras la multitud prendía fuego a otros. Acudió al paseo de Gracia, donde se producían estos hechos, alguna fuerza de Orden público, que fue arrollada por la muchedumbre. En todos estos actos tomaron parte activa las mujeres, en su mayor parte de las fábricas. Entonces, se dispararon los primeros tiros.

Ossorio se hallaba como el que despierta de una pesadilla y no acierta a darse cuenta de la realidad.

Durante la noche anterior había recibido un telegrama del ministro de la Gobernación preguntándole lo que ocurría en Barcelona, pues según referencias -decía La Cierva- se preparaba algo por parte del elemento obrero para el día siguiente. El gobernador contestó al ministro que, en efecto, algo habían intentado los trabajadores, pero que fracasarían, bastándose y sobrándose para restablecer el orden si pretendiesen alterarlo.

A las once del lunes 26, La Cierva telegrafió a Ossorio diciendo que estaba enterado de los acontecimientos, y que, en efecto, *sobraba*.

El soberbio Ossorio era hombre al agua. Su anhelo de alcanzar una cartera había fracasado por completo. Lo que no habían podido conseguir los radicales, los industriales, empresas periodísticas y teatrales con más de dos años de tremenda lucha contra el despotismo, lo alcanzaban los obreros a las dos horas de haberse cruzado de brazos. Merecido pago al que tan soberbio se había mostrado con todos, altos y bajos, considerándose a sí



mismo poco menos que como una institución.

Poco después de las once se reunieron las autoridades, acordando declarar la plaza en estado de guerra.

La protesta quedaba hecha, unánime, colosal, imponente, de todo un pueblo.

Durante la mañana empezaron a llegar noticias de las poblaciones más importantes de Cataluña, dando cuenta de que el movimiento había sido secundado en todas partes. En Sabadell, Tarrasa, Granollers, Villanueva y Geltrú, Sitges, Mataró, Manresa y en la mayor parte de las localidades de alguna importancia de la provincia de Gerona, la huelga era general y unánime la protesta.

Antes de mediodía las tropas salieron de los cuarteles.

En distintas partes de la ciudad se registraron choques entre el paisanaje y la Guardia civil y la Policía, efectuándose algunas detenciones. El cable de los tranvías fue cortado en casi todas las líneas.

Por las Ramblas, las Rondas, el Paralelo y las más importantes vías de la población circulaba un gentío enorme, dominando el elemento obrero.

No habían llegado los periódicos de fuera y los de la localidad que daban cuenta de haberse acordado la huelga general fueron recogidos de orden de la autoridad.

Circulaban las noticias más estupendas. Que en Valencia había ocurrido tal o cual cosa; que en Madrid esto y lo otro; que en Zaragoza, Bilbao y demás poblaciones importantes la huelga era también general, etc. etc. Se suponían recibidas noticias de Melilla dando cuenta de grandes desastres experimentados por las tropas españolas; se hablaba de todo, en una palabra, sin tenerse noticias de nada ni de ninguna parte. Afirmábase, no obstante, que los rieles de las líneas del litoral y de Manresa habían sido levantados en algunos sitios y que bastantes puentes eran destruidos.

La autoridad militar contaba con escasas fuerzas: unos 800 hombres de tropa, de 800 a 900 guardias de orden público y 1.000 guardias civiles escasos. ¿Cómo dominar el perímetro de unos 8 kilómetros de ancho por más de 12 de largo que abarcaba la ciudad revuelta?.

¿Qué ocurriría al día siguiente?. Esta era la pregunta que se hacían los barceloneses a última hora del lunes y que nosotros trataremos de explicar en el capítulo siguiente.



## En plena revolución

Nada extraordinario ocurrió durante las primeras horas del martes, si se exceptúan algunos choques entre los elementos revolucionarios y la Guardia civil y la Policía habidos en distintas calles del centro de la ciudad y de los suburbios.

La multitud, que durante el día anterior había llenado constantemente calles, paseos y plazas en busca de las emociones propias de la huelga general, parecía algo más retraída el martes ante el cariz revolucionario que empezaban a revestir los acontecimientos.

Oíase a intervalos un tiroteo más o menos nutrido, y sabíase de modo exacto que Barcelona estaba casi aislada del resto del mundo, con el que sólo podía comunicarse por medio del cable de Marsella o por mar. Los restantes medios de comunicación, telégrafos, teléfonos y ferrocarriles quedaban inutilizados por efecto de la rotura de cables, levantamiento de rieles y destrucción de puentes en todas las líneas.

Una comisión de revolucionarios de Sabadell se habían presentado durante la noche del lunes a la Comisión de Huelga de Barcelona, dando cuenta de los acontecimientos ocurridos en aquella ciudad, añadiendo que la Revolución había triunfado en ella y que había 1.500 hombres armados dispuestos a venir a la capital tan pronto recibiesen la orden, para ponerse completamente a disposición de la Comisión de Huelga o de quien ésta les designase. La Comisión agradeció el ofrecimiento de los camaradas sabadellenses, pero les dijo que de momento no precisaba su concurso. De Mataró, de Tarrasa, de San Feliu del Llobregat y otras importantes poblaciones de la región se sabía asimismo que había importantes y numerosos elementos armados dispuestos a venir a Barcelona si se juzgaba necesaria su presencia.

La Comisión de Huelga se hallaba en una situación difícil. Había preparado un paro general en señal de protesta contra la guerra de Melilla y contra la política de represión del Gobierno conservador, y no sólo había conseguido plenamente su objetivo, sino que el movimiento adquiriría un carácter revolucionario no previsto por ella. ¿Qué hacer entonces?. El pueblo había sido lanzado a la calle y, con su actitud, demostraba no estar satisfecho con la obra realizada. Quería algo más que simples protestas.

Entonces la Comisión se reunió con determinadas personalidades de los partidos de la extrema izquierda burguesa, que se llaman revoluciona-



rios, con objeto de buscar una fórmula encaminada a encauzar el movimiento, sacando de él toda utilidad posible. Sindicalistas, socialistas y libertarios, esto es, todas las fuerzas obreras militantes barcelonesas estaban conformes en que aquel adquiriese matiz republicano, siempre que alguna de las personalidades aludidas quisieran aprovechar las circunstancias para la implantación de sus ideales. Pero estas entrevistas dieron un resultado totalmente negativo. Después de tanto alardear aquellos de revolucionarismo, la Comisión hubo de convencerse de que la revolución solo era deseada por el pueblo, por el mismo pueblo que empezaba a dar su contingente de víctimas, que se batía a la vez en cien lugares distintos y que se disponía a levantar barricadas.

No hubo entre las personalidades consultadas quien se atreviera a dar el paso decisivo, a pesar de que el pueblo era dueño de la capital. Una alegó que sin la previa consulta con el jefe no se creía autorizada para determinar nada; otra indicó que lo imprevisto de los acontecimientos hacía imposible toda resolución, etc, etc. Era inútil, pues, toda otra tentativa.

El movimiento estaba destinado a morir de consunción, sin hacerse un vigoroso esfuerzo para conseguir alguna ventaja que compensara en parte los inmensos sacrificios realizados.

Entretanto los hechos iban revistiendo mayor gravedad. Los choques con la fuerza armada eran más intensos, y en algunas calles se sostenían verdaderos combates.

Pero las circunstancias se agravaron más y más durante la tarde.

El que suscribe estas líneas atravesó la ciudad, desde la Rambla del Centro hasta la entrada de Gracia, a la una y media, sin observar en las calles otra anomalía que la expresada. No obstante, al penetrar nuevamente en el casco de la población, dos horas más tarde, el aspecto había cambiado por completo. La ciudad estaba en plena revolución. Habíanse construido como por encanto centenares de barricadas. Calcúlase en más de 300 metros cuadrados los trozos de calle desempedrados para levantarlas.

En los barrios populares, particularmente en el Paralelo, se había concentrado una multitud enorme, que llenaba por completo la amplia Ronda de San Antonio.

De pronto surgió una columna de humo, elevándose al firmamento, y poco después otra. Eran la iglesia y el convento de las Jerónimas que ardían y el grandioso establecimiento de los Escolapios, iglesia, escuela,



academia, laboratorio y no sabemos cuántas cosas más, que asimismo acababa de ser entregado a las llamas.

No tardaron en surgir nuevas columnas de humo. Al anochecer del martes ardían, entre la ciudad, el ensanche y los suburbios, una treintena de conventos.

El incendio continuó su obra durante toda la noche y parte del siguiente día, destruyendo, todos o en parte, unos 70 edificios de este género.

La célebre quema de conventos del año 35 del pasado siglo había sido un ensayo comparada con la que acababa de producirse.

De «fuego de virutas» calificó acertadamente Anselmo Lorenzo la quema efectuada. Así la consideramos nosotros; pero el pueblo tenía motivos más que fundados para ver con regocijo la destrucción de tantos edificios en los cuales se hace una odiosa competencia a los salarios y se ejerce una explotación por demás infame.

### **La quema de conventos**

Al iniciarse el fuego en el establecimiento de los Escolapios, se produjo entre la enorme multitud que llenaba las Rondas un movimiento general de intensa satisfacción. ¿Era ésta justificada?. Sí. Tal vez en ninguna otra población del mundo lo fuera tanto como en Barcelona, pues acaso no hay otra donde la invasión clerical haya revestido tan agudos caracteres como en la capital de Cataluña.

De unos veinte años a esta parte, Barcelona ha adquirido un desenvolvimiento colosal. La ciudad, relativamente pequeña, se ha transformado en una población inmensa, que va extendiendo sus construcciones a las faldas de los montes vecinos, después de llenar el llano en un extensísimo perímetro.

Con este colosal crecimiento ha coincidido la fundación de centenares de conventos y edificios destinados al culto católico. Los hay de todas clases, de todas las órdenes y dedicadas a todo género de producciones. Entre los hombres hay Jesuitas, Escolapios, Salesianos, del Sagrado Corazón de María, de San Vicente de Paul, Siervos de María, de San Juan de Dios, Capuchinos de la Doctrina Cristiana e infinidad de otras clases y categorías, cuyos nombres desconocemos. Respecto a las mujeres, el número y las clases es todavía mayor, entre las que recordamos las del Sagrado Corazón, de Loreto, Reparadoras, de Jesús y María, Salesas,



Josefinas, Oblatas, Franciscanas, de Enseñanza, de la Divina Pastora, Concepcionistas, del Buen Pastor, Adoratrices, de San José de la Montaña, etc, etc.

Esta gente, que constituye un enjambre colosal, vive cómodamente a expensas de la gran ciudad trabajadora y laboriosa. Parte de ella se dedica a la enseñanza y la restante trabaja o hace trabajar a reclusas, a niños y niñas desgraciadas a quienes la fatalidad ha llevado a estos establecimientos, en los cuales se lava, se plancha, se borda, se confeccionan corsés, ropa blanca, equipos para novias, chalecos, ropa de munición, corbatas y muchísimos otros géneros de clases distintas.

Estas labores son realizadas por las monjas a precios inverosímiles, lo que pueden efectuar perfectamente, por cuanto no sólo no abonan jornal alguno a los reclusos, sino que por toda comida les dan una miserable bazofia, insubstancial e insuficiente para organismos en pleno desarrollo.

Como el trabajo que efectúan es mucho y el gasto que les ocasiona es poco o casi nulo, los beneficios que les reporta han de ser considerables. Sólo así se explica la construcción de tantos y tan soberbios edificios levantados durante los últimos años para las comunidades religiosas en la ciudad Condal. La munificencia de las clases adineradas, su prodigalidad para con las monjas y frailes, no significa una pequeña parte de las cuantiosas sumas invertidas sólo en la construcción de edificios, entre los cuales sobresalen, por lo grandes, por lo soberbios y por lo artísticos, el que los Escolapios poseen en Sarriá (además del destruido por el incendio en la Ronda de San Antonio); el de los Jesuitas, también en Sarriá; el de los Jesuitas, en la calle de Caspe; el de los Salesianos y otros. Es incalculable la millonada que representan tantos edificios levantados en el centro de la ciudad, en el ensanche y en el resto del llano de Barcelona.

¿De dónde proceden tan cuantiosos capitales?. Ya lo hemos dicho: en su inmensa mayor parte de la doble e inicua explotación que en estos edificios se realiza, de la que tocan dolorosas consecuencias, no solo los infelices desgraciados a quienes el fatal destino ha llevado a aquellos antros, sino a miles y miles de obreras de todos los oficios, obligadas a morir trabajando día y noche para ganar jornales indignos por lo bajos, pues por mucho que se dejen explotar, pesa siempre sobre ellas como losa de plomo la amenaza de la confección del convento.

Aunque no en detalle, el pueblo conoce toda esta funesta labor realizada por la plaga clerical que ha caído sobre Barcelona. Sabe, además,



que cada convento es un centro de perpetua conspiración contra todo principio de democracia, contra toda idea de libertad y toda aspiración de progreso. Desde el Centro de los jesuitas de la calle Caspe, baluarte de la reacción barcelonesa, la odiosa obra de dominación extiende sus garras al centro de la ciudad, al ensanche, a los suburbios, hasta los centenares de conventos levantados y de establecimientos clericales montados en gran número de casas particulares. Es una ola grande, inmensa, que avanza incesantemente, que amenaza tragarse la ciudad industrial y trabajadora.

¿Se concibe ahora, tenidos en cuenta estos antecedentes, que la gran masa que presencié el incendio de los Escolapios y de las Jerónimas en la tarde del martes prorrumiera en grandes aplausos?. ¿Se concibe que participaran de esta misma satisfacción experimentada por los concurrentes de las Rondas los que vieron poco después propagarse el incendio a otras barriadas y a otros edificios del mismo carácter?.

Fue aquel un momento de expansión del pueblo, que se extasiaba ante aquellos fuegos de virutas que reflejaban intensamente su arraigada convicción anticlerical. Fue un mentis dado a los elementos reaccionarios que han pretendido hacer de la ciudad, liberal y revolucionaria en el fondo, un inmenso convento, trasladándola a los tiempos de la Edad Media.

\*

Hemos dicho que la quema de conventos del año 35 del pasado siglo había sido un juego de niños comparada con la realizada en Barcelona los días 27 y siguientes de julio último, y podemos añadir que los dos actos revistieron caracteres muy distintos. Mientras el año 35 los frailes fueron perseguidos y muertos por las calles y en el interior de los conventos por las turbas sin freno, en la reciente quema el pueblo se ha conducido con una corrección y con un respeto a la personalidad humana dignos de todo encomio, a pesar de cuanto han dicho en contrario los elementos reaccionarios.

Generalmente la operación se llevaba a cabo en la siguiente forma. Un grupo llamaba a la puerta del establecimiento destinado a ser pasto de las llamas y preguntaba por la superiora. Si ésta se presentaba, como ocurrió en la mayor parte de los casos, le decían: «Señora, vamos a prender fuego al convento; les concedemos a ustedes media hora de tiempo para que puedan desalojarle, saliendo de él todo el personal».

Transcurrido el plazo señalado, preguntaban de nuevo si quedaba



alguien dentro, y sólo pegaban fuego cuando se les contestaba negativamente o cuando se convencían de ello por sus propios ojos. En más de un caso, los mismos incendiarios sacaron monjas rezagadas, y sentadas en una silla, las trasladaron a establecimientos o casas particulares.

En su afán de desnaturalizar los hechos, los clericales han dicho que los revolucionarios cometieron diversos crímenes en las personas de frailes y monjas. La versión es inexacta. Murió un cura, es cierto, pero fue de asfixia, por haberse negado a salir de un establecimiento que era destruido por el fuego, en cuyos sótanos se encerró. Las dos o tres desgracias más que se afirma ocurrieron en la quema de los conventos, debieron ser por causas distintas; o por haber hecho fuego al pueblo, y éste contestado, o por circunstancias que se ignoran. Dudamos sinceramente que fuesen sacrificadas por los incendiarios.

También se ha abultado por los clericales lo del robo y saqueo de los conventos. Cierto que de ellos fueron sustraídos objetos y cantidades más o menos importantes, pero esto no fue obra del pueblo revolucionario, sino de las turbas construidas de los detritus sociales, que en Barcelona, como en todas las grandes capitales, figuran en número enorme.

Quien merece por ello severa censura son las autoridades, las cuales, a pesar de los grandes medios con que cuentan, no han sabido sanear la ciudad de tanta gente de mal vivir como en ella pulula. Y en último término, cúlpese al régimen capitalista, engendrador de tanta miseria física, moral e intelectual, pero no al pueblo revolucionario, que al incendiar los conventos y las iglesias no se llevó ni un alfiler, ni el valor de un céntimo de estos establecimientos.

### **Asalto de un cuartel El hombre del terrado**

Otro de los episodios más sobresalientes de la semana revolucionaria fue el asalto al cuartel de los veteranos de la libertad y la tremenda lucha que siguió al mismo.

Durante el martes y el miércoles la lucha se había generalizado y hecho extensiva a todas las calles del centro y de los arrabales, pero se notaba gran falta de armas entre los elementos revolucionarios. Habían sido asaltadas algunas armerías, apoderándose los revoltosos de una cantidad no despreciable de carabinas, escopetas y revólveres; pero aún



así, la carencia de medios de combate era evidente, distando mucho de poder entregarse armas a cuantos las pedían.

Alguien lanzó la idea de asaltar el cuartel que los llamados veteranos de la libertad tenían establecido en la calle Sadurní, con objeto de apoderarse de los fusiles que allí se encontrasen, y ni cortos ni perezosos, los grupos se dirigieron al expresado sitio, consiguiendo con poco esfuerzo echar mano de unos 200 fusiles en perfecto estado y de algunos miles de cartuchos.

Con estas armas, que fueron inmediatamente distribuidas, y con las que ya disponían los revolucionarios, parte de éstos se parapetaron detrás de una barricada levantada en la misma calle Sadurní, no lejos del cuartel citado, desde donde hicieron un nutrido fuego a la Guardia Civil. Otra parte de los armados con los nuevos fusiles reforzó una barricada de la vecina calle de San Pablo, luchando con gran bravura, y los restante se subieron a los terrados, haciendo constantes disparos. El fuego, que empezó a las diez y media de la mañana continuó casi sin interrupción hasta las ocho de la noche. A esta hora retiráronse los revolucionarios, después que hubo recibido la Guardia Civil importantes refuerzos del cuerpo de Ingenieros. Como lucha, esto es, como episodio aislado, fue el que acabamos de describir uno de los más persistentes y duraderos de cuantos se sostuvieron durante la semana. En este combate perdieron la vida algunos revolucionarios y fueron heridos bastantes más.

Unas piezas de artillería, colocadas en el Paralelo, habían hecho algunos disparos, cuyos estampidos fueron oídos en toda la ciudad, causando enorme impresión en el vecindario. También en la barriada de Pueblo Nuevo fue empleada la artillería después de sostenerse tenaces combates.

No obstante éstas y otras luchas menos intensas sostenidas en varios sitios, el jueves podía considerarse la revuelta totalmente vencida.

Hubo excepcional interés en mantener latente aquel estado de cosas, en espera de que el movimiento fuese secundado en otras ciudades de fuera de Cataluña. Se afirmaba nuevamente que en Valencia había sido proclamada la República y que en Madrid acababa de ocurrir algo de extraordinaria gravedad, pero era de todo punto imposible comprobar la certeza de tales versiones por la incomunicación en que Barcelona había quedado con el resto del mundo. En cambio, se comprobaba que empezaban a llegar tropas a Barcelona, procedentes de Mallorca, Tarragona y Mahón.



Ignorábase la estratagema empleada por el Gobierno para hacer antipático al resto de España el movimiento de Cataluña, diciendo de él que tenía carácter separatista. ¡Movimiento separatista el de julio, realizado exclusivamente por los trabajadores, la mayor parte de los cuales aceptan los principios fundamentales del Socialismo internacional!

Es innegable, sin embargo, que la falsa versión del Gobierno influyó no poco en las demás provincias españolas. Merced a ella, los más resueltos partidarios de la propia protesta que aquí se efectuaba se convirtieron en acérrimos enemigos de la misma.

El jueves por la noche quedaba desvanecida toda esperanza de triunfo para los revolucionarios. España no secundaba el movimiento; los hombres de alguna significación revolucionaria de los partidos de extrema izquierda burguesa negáronse resueltamente, según queda hecha mención, a intervenir en el levantamiento del pueblo, dándole una tendencia política determinada, y empezaban a llegar importantes fuerzas del ejército.

Todo había terminado. Cesaron los combates en las calles, y la tropa ocupó las Ramblas, las Rondas, las plazas más importantes y todos los sitios estratégicos.

Alguien que ha pretendido sostener que el viernes y el sábado continuó luchando el pueblo en las calles contra la fuerza pública, ha faltado abiertamente a la verdad, con el exclusivo fin de darse pisto, como si no hubiese de ser desmentido por cuantos fueron actores más o menos directos de este drama.

En cambio, a medida que iba disminuyendo el tiroteo en las calles, era más nutrido en los terrados.

Fue aquel un misterio que de momento sorprendió a todos los barceloneses, pues nadie acertaba a darse cuenta de los fines que podían perseguir los que tal hicieran. Este tiroteo empezó el martes, fue más nutrido el miércoles y alcanzó grandes proporciones el jueves y el viernes, cesando casi por completo el sábado. Es de advertir que el fuego se hacía por seres invisibles, pues en los terrados no se veía a nadie. Se disparaba desde las buhardillas, desde el hueco de las escaleras, desde los cuartos que para aderezo de los pisos hay en algunas casas, pero sin dejarse ver nadie. Y, caso singular, los disparos producían el mismo ruido, absolutamente idéntico, lo cual demuestra que estaban hechos por armas de la misma clase y del propio calibre. Pronto se supo que los tiros eran de pistola Browning, cuyas armas cuestan un puñado de pesetas cada una. Es



incalculable el número de miles de disparos hechos durante los días de referencia.

¿Quiénes eran los autores de ellos?. No podían ser obreros, pues la condición de tales les impide emplear importantes cantidades en la adquisición de este género de armas, y menos en la compra de cartuchos. Además, los disparos oíanse indistintamente en todos los barrios, lo mismo en los que viven casi exclusivamente trabajadores, que en aquellos del centro de la ciudad, ocupados por la burguesía.

Suponíase, al fin, con fundadísimo motivo, que los repetidos disparos constituían una maniobra de la reacción, con el propósito de mantener y perpetuar en lo posible el estado general de intranquilidad y de exasperar a las tropas, que llevaban unos días sin descansar un momento. Furiosos por la quema de los conventos y de las iglesias, que acababan de presenciar con rabia infinita en el corazón, cobardes e impotentes para luchar a cuerpo descubierto contra el pueblo indignado por la funesta labor del clericalismo, los agentes del mismo se valieron de la estratagema del disparo en las terrazas para hacer cuanto mal pudiesen. Durante los días expresados sonaba un clac (disparo de dichas pistolas), y como si obedeciesen a una consigna, sin pérdida de momento, respondían otros tiros en toda la barriada, en número de 30, 40 ó 50, cesando luego mientras se reanudaba el fuego en los terrados vecinos, para empezar nuevamente al poco rato. Durante el jueves y el viernes subía la tropa a los terrados, miraba, inspeccionaba, sin descubrir nada; descendían a la calle y no tardaba en oírse otra vez el mismo *concierto*.

Estos disparos causaron algunas víctimas, muertos y heridos. Fueron detenidos algunos individuos, de los que se dedicaban a este sport; aseguróse que entre ellos había algún cura, pero ni una palabra se ha dicho después de ello. Si los detenidos hubiesen sido obreros, ya habrían comparecido ante un Consejo de guerra.

### **Sangriento epílogo: la profanación de cadáveres**

El sábado por la mañana había renacido la calma en Barcelona, calma aparente, como es natural, no efectiva ni mucho menos, pero demostradora de que la lucha armada sostenida en las calles los días anteriores había terminado por completo.

Durante el expresado día sólo se oyeron algunos de los misteriosos



disparos hechos con tanta profusión los días precedentes en los terrados. Las barricadas continuaban levantadas unas o medio destruidas otras, pero detrás de ellas ya no había combatientes. Parte de éstos habían sido presos, parte estaban heridos en los hospitales o en las casas de socorro; un número importante había pagado con la vida sus arrestos revolucionarios, y los restantes estaban escondidos o se habían alejado de Barcelona.

Las tropas, que habían llegado en importante número, tenían establecidos campamentos en todas las plazas importantes y en las grandes vías y puntos estratégicos, y la población, confiada ya y convencida de que la paz era un hecho, invadió calles y paseos, ávida de presenciar los efectos de la revuelta y particularmente los destrozos causados por el fuego en los edificios incendiados.

Los conventos e iglesias destruidas estaban abiertas todas o la mayor parte, sin haber en ellas vigilancia de ningún género, pudiendo apreciar las consecuencias del incendio cuantas personas quisieran.

A los conventos, humeantes la mayor parte aún, se dirigió, pues, una multitud enorme, compuesta de gentes de todas condiciones, de hombres, mujeres y niños, deseosa de contemplar por sus propios ojos lo que había pasado.

En uno de estos conventos, llamado de las Beatas, ocurrió un sangriento episodio, que constituyó un triste epílogo de la llamada semana trágica.

Llevado de la general curiosidad, un gentío numerosísimo había invadido el convento de referencia, contemplando los escombros y recorriendo los diversos departamentos del gran edificio. Habían transcurrido cuatro días desde que fue incendiado, durante los cuales la gente maleante pudo sacar a sus anchas, sin ser molestada por nadie, cuanto quiso de él, lo mismo que de los demás establecimientos de esta clase. No había nada que extraer, pues, ni la calidad de la gente allí congregada era capaz de apoderarse de un alfiler. Eran obreros en su mayoría, pequeños industriales, familias enteras por demás pacíficas, que por primera vez salían a la calle durante la semana que terminaba aquel día, convencidísimos de que no corrían el menor peligro. Por otra parte, en todos los conventos e iglesias destruídas ocurría lo mismo, pues todos habían sido invadidos por la pacífica multitud.

Pero serían poco más de las once cuando rodearon el convento de las Beatas unos 50 guardias, los cuales, sin previo aviso, sin las intimaciones de



ordenanza, esto es, sin cumplir ninguna de las prescripciones previstas en casos semejantes, empezaron a disparar los mausers, causando en los muchos centenares de personas que se hallaban en el edificio (una de las cuales calcula que excedían de 1.500) el asombro y la estupefacción consiguientes. Al instante, dominada aquella multitud por un terror indecible, emprendió la huida tumultuosa, desesperada, atropellándose unos a otros, mientras se desmayaban numerosas mujeres y lloraban los niños en medio del tumulto más espantoso que pueda concebirse.

Mas apenas los primeros fugitivos acababan de atravesar la puerta, cayó sobre ellos una lluvia de balas, causando algunos muertos y heridos. Entre los primeros había una agraciada joven de 16 a 18 años, esbelta, simpática, con traje claro, que atravesado el pecho por un balazo murió instantáneamente.

Y a medida que nuevas oleadas de gente, loca de terror, salía del convento, nuevas y persistentes descargas siguieron causando más y más víctimas entre aquella indefensa multitud que corría despavorida, sin dirección, lanzando lastimeros gritos de horror y de espanto.

Cesó el fuego después de transcurridos unos diez minutos, o sea, cuando acabó de salir gente por la puerta del convento, en cuyo interior quedaban unos quince hombres, que, más resueltos que el resto del personal, no quisieron servir de blanco a los mausers. Algunos de ellos se tendieron al lado de unos cadáveres que había en el patio interior del edificio, simulando serlo también. Poco después penetraba en él la fuerza pública, obligando a levantarse a los que se hallaban con vida aún y a los demás, y los condujo a la calle. Ya en ella, a grandes gritos y en medio de las más terribles amenazas, se les dio orden de arrodillarse en un montón de arena que había frente a la puerta, donde iban a ser fusilados. No se consumó el hecho, porque en aquel preciso momento salió un teniente del edificio y se opuso con ademán resuelto a la realización de aquel diabólico plan.

Los detenidos dentro del convento, en unión de algunos otros presos en los alrededores del mismo, fueron conducidos a Montjuich la propia noche del sábado. Constituían una cuerda de más de cincuenta. En demostración de los grados de culpabilidad de los detenidos, basta decir que los jueces militares encargados de juzgarles decretaron la libertad de todos a los veinte días de su detención.

Pocas horas después, o sea a las seis de la tarde, pasaba por la Rambla un coche de los grandes de la Cruz Roja. Preguntado uno de los



acompañantes por un amigo suyo cuántos muertos conducía el coche, siguió su camino sin contestar palabra, pero extendió las dos manos poniendo de manifiesto los diez dedos.

Tal fue el último episodio, el sangriento epílogo de la llamada semana trágica de Barcelona.

\*

Al describir la quema de los conventos omitimos, por no dar proporciones desmesuradas al capítulo dedicado a dicho objeto, tratar un asunto del que han pretendido sacar gran partido los elementos reaccionarios. Nos referimos a la tan traída y llevada profanación de cadáveres.

Serenos e imparciales en nuestros juicios, no hemos de dejar sin censura lo hecho con tal motivo. No obstante, lo ocurrido tiene una explicación, según verá el curioso lector.

El convento de las Jerónimas, de rigurosa clausura, era uno de los más antiguos de Barcelona. Leyenda o historia, acaso parte de la una y de la otra, han circulado sobre el mismo diversas versiones según las cuales ocurrían en él cosas extraordinarias.

En efecto, en el antiguo teatro del Odeón, hoy desaparecido, se presentó una pieza, hace más de treinta años, con el título de *Los misterios de un convento o la monja enterrada en vida*. El asunto no era puramente imaginativo, sino reflejo de algo que había pasado y que la prensa liberal de Barcelona comentó extensamente durante muchos días.

De los relatos publicados se desprendía lo siguiente: durante una noche, un joven escaló las tapias del convento con objeto de coger unas naranjas, a fin de satisfacer los insistentes deseos expresados por su joven esposa, encinta en aquella ocasión. Añadíase que mientras estaba subido en el naranjo vio salir una especie de procesión de monjas, acompañando a una de ellas, de aspecto cadavérico, dirigiéndose al cementerio de la comunidad, adosado a la parte trasera del edificio, donde aquélla fue enterrada en vida. Apenas vueltas las monjas al convento, abandonó el asombrado joven su atalaya, haciendo público lo que acababa de presenciar.

Tal es el relato, que fue comentadísimo en toda la ciudad. Jaime Piquet, un popular autor dramático que por aquel entonces era empresario del teatro dicho, compuso una pieza con el citado título, que fue representada infinitas veces, con general aplauso del elemento liberal.



Algunos años después ocurrió otro caso en el mismo convento. No pudiendo resistir por más tiempo los malos tratos de que era objeto una de las recluidas, escapó por la iglesia, lanzándose de una gran altura y fracturándose una pierna. Recogida por piadosas gentes, fue conducida al Hospital de la Santa Cruz, no sabiéndose más de ella. El hecho fue comentadísimo.

Al pueblo le quedaba la duda, pues, respecto a los misterios que ocurrían en el interior de aquel establecimiento. Y esa duda, agrandada por la fantasía popular, hacía suponer la existencia de monjas emparedadas, enterradas en vida y sometidas a los más atroces martirios.

Esto explica que al ser entregado el edificio a las llamas y al penetrar la multitud en el jardín y ver el cementerio, aquel cementerio de que tanto se había hablado, movida del irresistible deseo de aclarar el eterno misterio que envolvía aquel convento, destapase los nichos y extrajese los cadáveres allí depositados, viendo con asombro que todos tenían atadas las manos y los pies.

Como hay interés en mantener al pueblo sumido en la más completa ignorancia, no puede exigírsele al pueblo los conocimientos necesarios para explicarse ciertas cosas. De ahí que desconozca la costumbre observada en Cataluña desde largos siglos, y aún practicada al presente en algunos pueblos de la montaña, de atar las manos y los pies de los cadáveres apenas acaban de morir los individuos.

Con objeto de que todo el mundo viera las ataduras de los cadáveres, consideradas en la exaltación propia de aquellos momentos como prueba concluyente y decisiva de tormentos realizados, entre los reunidos en el jardín de las Jerónimas surgió la idea de pasearlos por la ciudad. Y dicho y hecho. Un grupo que no bajaría de un millar de individuos, cogió los catorce cadáveres extraídos de las tumbas y los condujo por las calles, abandonándolos en distintos sitios a medida que le salía al paso la fuerza pública. Tal fue lo ocurrido. En los demás conventos nada de esto se hizo.

Ya lo hemos dicho: no aprobamos el hecho, pero nos lo explicamos. Y menos aprobamos aún la existencia en el siglo XX de los conventos de clausura, que constituyen un escarnio a la civilización, a la justicia, a la higiene y a todo cuanto tiende a la perfectibilidad humana.



## La represión

En los capítulos precedentes ha quedado plenamente demostrada la alteza de miras y la corrección con que se condujeron los revolucionarios durante los días que fueron dueños de la capital.

Pudieron apoderarse de enormes riquezas y, no solo no lo hicieron, sino que al presenciar, mientras se quemaban los conventos, algún intento de rapiña realizado por la gente maleante, lo impidieron con gran energía. Al efecto pueden citarse algunos casos que confirman lo que acabamos de exponer, entre ellos el de un sujeto que habiendo conseguido echar mano a un fajo de billetes del Banco, descubierto el hecho por los revolucionarios, le fueron quitados aquellos en el acto y lanzados al fuego.

Pudieron dar muerte a muchos frailes y monjas y se limitaron a quemar parte de sus establecimientos, no solo respetando las vidas de todos, sino trasladando los ancianos y rezagados a lugar seguro, hecho no registrado en ninguno de los movimientos populares realizados en el transcurso de la historia. Jamás se ha observado, en las grandes conmociones del pueblo, el respeto y la consideración guardados por los revoltosos a los adversarios de todas clases y condiciones en la revuelta de julio. Así lo han reconocido implícitamente las personas imparciales y todas aquellas que se han movido a impulso de las bajas pasiones y del feroz deseo de sangrienta venganza.

No obstante, para nada se han tenido en cuenta estas grandes cualidades del pueblo revolucionario barcelonés y el profundo respeto guardado por el mismo hacia la personalidad humana, considerada como sagrada en el más alto grado que pueda concebirse durante la «semana trágica».

A esta corrección corresponden los elementos reaccionarios, los mismos que durante los sucesos se escondieron cobardemente bajo tierra, dejando quemar iglesias y conventos sin oponer la menor resistencia, pidiendo al Gobierno de Maura la represión fiera, implacable, no ya contra los actores del largo drama, sino contra todo aquello que tuviese tendencias liberales, democráticas y progresivas.

Apenas quedó restablecido el orden material, apenas hubieron llegado los fuertes contingentes de tropas que de toda España fueron enviadas a la capital de Cataluña, la gente nea, los de la *Lliga*, el Comité de Defensa



social, toda la burguesía barcelonesa, en una palabra, convertida en una piña, se apresuró a clamar venganza contra los revolucionarios.

Y Maura, el soberbio y endiosado mallorquín que alguna vez dijera estar dispuesto a realizar la revolución desde arriba, dio satisfacción cumplida al coro de pillatres de su misma calaña, hasta dejarles satisfechos.

Se concebía que las personas cogidas con las armas en la mano, levantando barricadas e incendiando conventos hubiesen sido presos y juzgados con cierto rigor y que hubiesen sido objeto de persecuciones aquellas sobre las cuales recayesen evidentes sospechas de haber tomado parte directa en los sucesos de la citada semana. Lo que no se explica ni se concibe es que la persecución se realizase casi en masa contra la clase trabajadora, llenando el castillo de Montjuich, la cárcel vieja y la llamada Modelo de hombres y mujeres en número de un millar, sin otra causa que la cobarde delación en unos, el afán de hacer méritos en otros, y el general espíritu de venganza que alienta a la burguesía catalana y a sus representantes.

Además fueron clausuradas todas las escuelas racionalistas, los Centros y locales de sociedades obreras y los casinos políticos republicanos, y suspendidas en su funcionamiento todas aquellas entidades que no llevasen un sello abiertamente reaccionario o clerical. La ciudad quedó convertida, durante el mando del funesto gobernador Crespo Azorín, en una especie de inmenso convento, sin ley, sin derechos de los ciudadanos, sin ninguna de las condiciones de vida de los pueblos modernos. Ni las persecuciones realizadas a raíz de los atentados del Liceo y de la calle de Cambios, mientras se preparaba el sangriento drama de Montjuich, pueden compararse a las efectuadas durante el tiempo que sobrevivió el Gobierno de los malvados Maura y La Cierva después de la sangrienta semana.

En el resto de Cataluña las cárceles se llenaron de trabajadores, en número incalculable.

Mientras se realizaba esta persecución inquisitorial, la prensa reaccionaria publicaba las versiones más estupendas sobre los sucesos de Barcelona.

*La Veu de Catalunya*, el órgano de los catalanistas reaccionarios, aconsejaba a sus lectores que delatasen, que denunciassen, que no tuviesen en ello inconveniente, pues así lo demandaba el buen nombre de Barcelona.

*La Correspondencia de España* publicaba, a raíz de aquellos hechos, las siguientes líneas:



«Volved los ojos a la Historia, recordad sus páginas más sangrientas de las grandes revoluciones anárquicas y aplicarlas a esta Barcelona vandalizada, que con ello os bastará para no ignorar lo que aquí ha sucedido.

Dueños los anarquistas de los barrios extremos, comenzaron el incendio, los asesinatos, el pillaje. Rotas las puertas de los almacenes, dueños de víveres y de vinos en abundancia, aquellas furias emularon a los sanguinarios anarquistas de la Commune.

Ya locos, embriagados de sangre, de vino, de pólvora, de dinamita, de petróleo, sin más lema que matar por matar, la turba incendiaria fue recorriendo conventos. La dinamita les ayudaba en su obra de vandalismo.

¿Muertos, heridos, quemados, sepultados entre ruinas?. !Quién sabe el número! Cuando cada comunidad haga su recuento se sabrá. Hasta entonces imposible, porque aún humean los escombros y aún la Verdad no puede comenzar a hablar.

Permitidme que calle, que no diga detalles, que no relate el martirio de los religiosos, los ultrajes a las religiosas, los sacrificios brutales a que fueron sometidos, porque de periodista me convertiría en atormentador de vuestras conciencias. Sólo os diré que muchos han muerto al pie de los altares acuchillados por mil mujerzuelas; que otros han sido descuartizados, paseando sus restos en lo alto de pértigas; que no pocos han sido muertos a muerte lenta; que todos ellos han pasado a otra vida con sus frentes orladas por la corona de los mártires.

En San Gervasio las turbas apuñalaron a los capuchinos de un convento después de incendiarlo y de saquearlo. Otro convento de capuchinas, llamado de Santa Margarita, fue igualmente pasto de las llamas y sus monjas víctimas del furor de las turbas.

A media tarde me dicen que las turbas han dado terrible muerte al inspector de policía don José Curtois, de Madrid, el cual, hecho prisionero por un grupo, después de heroica defensa, fue cruelmente martirizado. Atado de pies y manos, fue entregado a las mujeres anarquistas, que le sacaron los ojos, le arrancaron los dientes, lo descuartizaron y sobre él dispararon, en loco delirio, cientos de tiros».

Tantas o más enormidades que *La Correspondencia* insertaron otras muchas publicaciones del país y del extranjero. El hecho obedecía, no al desconocimiento de lo ocurrido, sino al propósito de inducir al Gobierno a cometer las mayores atrocidades, pretendiendo justificarlas con las crueldades.



des jamás llevadas a cabo por los revolucionarios.

Y a pesar de que comenzaron los fusilamientos, y de que continuaban funcionando los Consejos de guerra, imponiendo severísimas penas, aceptando la simple delación policíaca como prueba concluyente y plena; a pesar de que seguían practicándose numerosas detenciones y que eran desterrados centenares de individuos no acusados de delito alguno, por la sola falta de no ser fervientes admiradores de Maura y La Cierva, la reacción no se daba por satisfecha, quería algo más, deseaba más sangre, más víctimas, quería la cabeza de Ferrer, no por juzgarle actor en los sucesos desarrollados en la semana de julio, sino por ser el más decidido propagador de la enseñanza racionalista en este país de funesta influencia clerical.

Ya Ferrer en su poder, el semblante del clericalismo se iluminó con una siniestra sonrisa reflejando la satisfacción experimentada. El fundador de la Escuela Moderna no había de escapar de sus garras.

La protesta unánime de los pueblos cultos y la conjunción de los elementos republicanos y socialistas hirió de muerte al tirano, poniendo término a su funesta obra.

## Francisco Ferrer

Ferrer no era un sabio, en el sentido que generalmente se da a esta palabra; no era un literato, ni un escritor pulcro ni atildado, ni una notabilidad científica, sino un simple hombre del pueblo, pero hombre de carácter, tenaz, persistente; de temple revolucionario y más capaz que muchos otros que se jactan de serlo en grado superlativo.

Es de todos suficientemente conocida la historia de Ferrer para que nos detengamos a explicarla de nuevo.

Ferrer recibió un cuantioso donativo de una señora, con la misión de emplearlo en la difusión de la enseñanza racionalista en España, y fiel al cumplimiento del mandato fundó la Escuela Moderna de Barcelona, que no tardó en convertirse en el centro de acción de otras numerosas escuelas que en el resto de Cataluña y en muchas otras poblaciones de España se establecieron sobre el mismo patrón de la que funcionaba en la calle de Bailén de ésta ciudad. La difusión de este nuevo género de enseñanza, desprovisto de los cuentos y de las paparruchas de la enseñanza oficial y de la jesuítica, arrancó a los elementos reaccionarios españoles un grito de protesta.



¿Cómo habían de dejarse arrebatar de sus manos, sin antes luchar con todas sus fuerzas, el medio eficaz de amoldar las inteligencias juveniles a su antojo, infundiendo en la joven generación ideas adecuadas a su manera de ser, de pensar y de sentir?.

¿Cabía esperar que el clericalismo se daría por vencido o que transigiría con el nuevo sistema de enseñanza, guardando sobre el mismo el respeto y la consideración que pretende para el que emplea en beneficio de su funesta causa?.

Semejante suposición hubiese equivalido a desconocer el clericalismo, desconociendo a la vez de lo que es capaz cuando se trata de la defensa de cosa que tan directamente le afecta.

En efecto, apenas implantada la Escuela Moderna, empezó contra ella una serie de insultos, de groserías, de calumnias y de acusaciones contra el sistema de enseñanza, contra el profesorado, contra los alumnos que a ella concurrían, contra todo y contra todos los que estuviesen en contacto con aquel satánico establecimiento, pero de un modo más particular y directo contra su fundador.

De cuantos males ocurrían en Barcelona era culpable la Escuela Moderna y el funesto hombre que la estableció. El anarquismo, el socialismo, el antimilitarismo, las huelgas, los atentados dinamiteros, la exaltación y el encono de las luchas políticas eran exclusivamente productos de la Escuela Moderna, a la que había de combatirse sin tregua ni descanso hasta acabar con ella.

Pero ni por esas: la Escuela seguía laborando, extendiendo más cada día su radio de acción y nutriendo las inteligencias juveniles con nuevos libros de cultura que venían a destruir como débil castillo de naipes las rancias teorías de la enseñanza jesuítica-clerical.

Pero ocurrió el atentado de la calle Mayor de Madrid, y en el creyeron ver los reaccionarios su salvación y la de su causa. Como consecuencia de la detención de que fue objeto entonces Ferrer, se cerró la Escuela, batiendo palmas el clericalismo que la juzgaba ya muerta para siempre.

Pero los Tribunales patentizaron la inocencia de Ferrer de la acusación sobre él lanzada y la Escuela volvió a funcionar, prosiguiendo la obra de difusión de cultura y de educación popular con más bríos que nunca. Para un alma del temple del fundador de la Escuela Moderna, en nada habían de influir ni los meses de prisión preventiva pasados en Madrid, ni las acechanzas y persecuciones de que fue objeto. Por eso, fijo en su



propósito, sin desviarse en lo más mínimo del plan trazado de antemano, Ferrer seguía incansable su tarea de difundir la educación racionalista, cuando le sorprendieron los acontecimientos de julio.

\*

Ya al tratar de los antecedentes del movimiento revolucionario de Barcelona dejamos sentado que Ferrer nada supo de él hasta el momento en que aquellos se desarrollaron y que no tuvo en los mismos la menor participación.

Ahora hemos de insistir en ello, afirmando que ni el ex-fiscal del Supremo, Sr. Ugarte, ni el Sr. Luca de Tena han estado en lo cierto al hacer las manifestaciones de todos conocidas, dando como exacta la intervención de Ferrer en los repetidos sucesos. Ferrer, repetimos, desconocía el movimiento de huelga general que se preparaba hasta que ésta estalló. Es por demás afirmar, por lo tanto, que el fundador de la Escuela Moderna no asistió a ninguna de las reuniones celebradas al efecto, ni entregó la menor cantidad para el movimiento, ni fue, en una palabra, actor directo ni indirecto, grande ni chico, en el drama de julio.

De la no intervención en los sucesos de la capital tenemos plena seguridad, absoluta. Además, ¿quién le vio?, ¿quién le acusó?. Solo unos soldados afirman haberle visto en Barcelona... leyendo un bando del Capitán General, un bando fijado en las esquinas precisamente para ser leído.

Pero otros acusaron a Ferrer de haberle visto hacer tal o cual cosa en Premiá y en Masnou, y de haberse presentado en la Casa del Pueblo de Barcelona uno de los días de la semana revuelta pidiendo noticias y detalles del movimiento.

Los que tal hicieron se habían llamado hasta entonces amigos y casi correligionarios de Ferrer. Sin la infame delación de tales *amigos*, el fundador de la Escuela Moderna no habría podido ser condenado por ningún tribunal. !Que la causa de la libertad se lo tenga muy en cuenta!.

\*

Más que con su vida, Ferrer demostró quién había sido con su muerte. Preso después de haber estado escondido durante muchos días en una población de la costa, obró como un cumplido caballero negándose a revelar el nombre de la familia que le había dado generosa hospitalidad en aquellos aciagos días. Después, pudiendo acusar, no lo hizo, ni salió de su



boca un solo reproche contra los que tan mal se habían conducido con él. Su pecho fue una tumba mucho antes de caer con la cabeza destrozada en los fosos de Montjuich.

\*

Con la muerte de Ferrer ha tenido satisfacción cumplida la aspiración del clericalismo español. Pero con su muerte se ha convertido a un hombre en símbolo de las aspiraciones de la sociedad moderna. Ferrer, viviendo, habría continuado siendo el propagador de una idea grande y generosa; muriendo víctima de la reacción clerical, se ha engrandecido su nombre y se ha eternizado. ¿Han salido ganando con ello los clericales?. Al tiempo.

### Conclusión

Decíamos al empezar estos apuntes, que nuestro propósito era ajustarnos estrictamente a la verdad, de la que hemos procurado no desviarnos ni poco ni mucho.

Decíamos asimismo que nuestro objeto era trasladar al papel una serie de impresiones, las más salientes, de lo ocurrido durante la última semana de julio en Barcelona, dejando para el experto historiador el examen profundo, minucioso y filosófico de las causas que engendraron aquellos sucesos y de los efectos que los mismos habrán de producir en la masa del pueblo y en el ánimo de los gobernantes.

¿Habremos conseguido nuestro objeto?. Al lector corresponde apreciarlo. Con arreglo al plan trazado, pues, y por apremios de la brevedad, hemos omitido multitud de detalles dignos de ser conocidos; más para ello era preciso escribir no un bosquejo general, a modo de síntesis de los hechos, sino un abultado tomo de muchas páginas.

No queremos terminar estas líneas, sin embargo, sin relatar dos episodios.

El uno ocurrió el martes, a las once aproximadamente de la mañana, en el paseo de Colón. Pasaban en dicha hora por el expresado sitio dos o tres compañías de tropa al mando del General Brandeis. Venían de la Rambla y se encaminaban a la Capitanía General. Rodeaba a la tropa un gentío enorme, mujeres en gran parte, lanzando grandes gritos de abajo la guerra. Los soldados seguían impasibles su camino y el General saludaba sonriendo a la multitud.



Pero apenas acababa de penetrar la tropa en la Capitanía, desembocaba al paseo de Colón un fuerte piquete de policía montada, la cual sin previo aviso y sin mediar los consabidos toques de atención empezó a disparar sus armas, haciendo un nutrido fuego contra la muchedumbre indefensa que llenaba el grandioso paseo marítimo. Como resultado de aquel inaudito atropello hubo que lamentar algunos muertos y gran número de heridos.

El otro hecho ocurrió en la calle de Pujadas, de la barriada de San Martí de Provencals. Era el sábado por la noche, había acabado la lucha y la población toda estaba completamente tranquila. Salían de un estanco cercano cuatro pacíficos obreros, los cuales regresaban a sus hogares, cuando al penetrar en la citada calle de Pujadas les dio el alto un piquete de guardias que estaban allí apostados. Detuviéronse los trabajadores y entonces se les ordenó colocarse las manos en la cabeza y avanzar en dirección hacia la fuerza pública. Así lo hicieron, más apenas habían dado unos pasos cuando una nutrida descarga los derribó al suelo, dejando a dos de ellos muertos instantáneamente, y a los dos restantes heridos. Guiados éstos por el instinto de conservación, simularon el muerto también. Entonces se acercaron los guardias, y convencidos de que los cuatro que yacían tendidos en el suelo eran cadáveres, se ausentaron a paso lento por una de las travesías, como si nada hubiese ocurrido.

Pocos momentos después alguien oyó sostener a uno de los mismos guardias, conversando con los demás, que aquellas muertes estaban mal hechas... !Y tan mal hechas!

Semejantes a los transcritos conocemos otros hechos imposibles de describir por lo que no se le escapará al perspicaz lector.

Merecería una serie de capítulos el estudio de los acontecimientos ocurridos durante la última semana de julio en numerosas e importantes poblaciones de Cataluña, en algunas de las cuales, Sabadell entre ellas, llegó a funcionar una Junta de Defensa, asumiendo las funciones del Municipio. Lo mismo ocurrió en Mataró, en Granollers y otras localidades. En todas ellas fueron quemados gran número de conventos y destruidas muchas iglesias, no habiéndose registrado, no obstante, en ninguna parte escenas sangrientas, ni actos de barbarie cometidos por el pueblo, lo cual afirma una vez más la alteza de miras y la excelente corrección con que se condujo el proletariado en Cataluña y aún en el resto de España.





## AL LECTOR

Al agotarse rápidamente la edición de La Revolución de Barcelona, recibimos infinidad de cartas aconsejándonos la publicación de una segunda parte dando cuenta de los hechos más salientes ocurridos en Cataluña durante la última semana de julio.

No les faltaba razón, a nuestros comunicantes. Lo ocurrido en infinidad de poblaciones de esta región, o no ha sido descrito aun por nadie, o ha sido desnaturalizado, tratado con interés de secta o de partido, distando mucho de haberse dado en este sentido la nota exacta, justa e imparcial que tan importantes hechos requieren.

Por eso nos decidimos a reunir cuantos datos nos fue posible, con objeto de llenar esta laguna, seguros de que si nuestra imparcialidad ha sido reconocida por amigos y adversarios al describir los acontecimientos ocurridos en Barcelona, no ha de serlo menos al describir el levantamiento operado el 26 de julio y siguientes en casi toda la comarca catalana.

No exigiría, el relato de los hechos que nos proponemos narrar, un reducido volumen como el que ofrecemos a nuestros lectores, sino un abultado tomo de algunos centenares de páginas. Mas no siendo esto posible, hemos de limitarnos a hacer grandes síntesis, en espera de quien pueda y sepa estudiar, detalle, analice y examine profundamente el génesis, el desenvolvimiento y la finalidad del movimiento realizado en esta región desde el 26 de julio al 2 de agosto de 1909, tal vez sin otro parecido en la historia de los tiempos modernos, por lo menos en concepto de la uniformidad.

## En Pueblo Nuevo

Tanto por carencia de espacio, como por desconocer algunos de sus detalles, en La Revolución de Barcelona hubimos de emitir algunos episodios ocurridos, durante la llamada “semana trágica”, en esta ciudad, y particularmente en los suburbios.

Merece especial mención lo acaecido en la populosa barriada de Pueblo Nuevo.



El lunes, a la cuatro de la tarde, fuerzas de la Guardia civil, apostadas en la calle Mayor del Clot, dispararon los mausers, causando dos muertos y nueve heridos. Uno de ellos iba en mangas de camisa: salía del café.

A las siete de la mañana del martes, el pueblo se apoderó del Patronato Obrero, establecido en la calle de Wad-Ras, echando los muebles a la calle, donde se encendió una gran hoguera, a la que fue a parar un enorme fajo de billetes del Banco. Para que no se quemase la fábrica de yute del señor Godó, los mismos incendiarios refrescaron las paredes lindantes con el Patronato incendiado. Desde otro piso del Patronato, que da a la calle de la Llacuna, los frailes hicieron fuego al pueblo.

El martes por la tarde fue quemada la iglesia de Pueblo Nuevo, después de comprobarse que desde ella hacía fuego la policía. También fueron quemados los muebles de un polizonte, porque la mujer del mismo, hizo algunos disparos contra el pueblo.

El jueves, la Guardia civil empezó un fuerte tiroteo desde el jardín que precede al Cementerio. Poco después llegó fuerza de tropa y juntas se apoderaron de los terrados de varias casas, continuando el fuego mortífero hasta las cuatro o las cinco de la tarde.

A la una llegó a aquella barriada una batería de artillería, con cinco cañones, los cuales fueron encarados hacia la calle Mayor.

Los disparos de la artillería causaron 2 muertos de momento y unos 25 heridos, algunos de los cuales fallecieron. También murió un soldado.

Otro hecho ocurrió en la calle de Pujadas, de la barriada de San Martín de Provencals. Era el sábado por la noche, había acabado la lucha y la población toda estaba completamente tranquila. Salían de un estanco cercano cuatro pacíficos obreros, los cuales regresaban a sus hogares, cuando al penetrar en la citada calle de Pujadas les dio el alto un piquete de guardias que estaban allí apostados. Se detuvieron los trabajadores y entonces se les ordenó colocarse las manos en la cabeza y avanzar en dirección hacia la fuerza pública. Así lo hicieron, mas apenas habían dado unos pasos, cuando una nutrida descarga los derribó al suelo, dejando a dos de ellos muertos instantáneamente, y a los dos restantes heridos. Guiados éstos por el instinto de conservación, simularon el muerto también. Entonces se acercaron los guardias, y convencidos de que los cuatro que yacían tendidos en el suelo eran cadáveres, se ausentaron a paso lento por una de las travesías, como si nada hubiese ocurrido.

Pocos momentos después alguien oyó sostener a uno de los mismos



guardias, conversando con los demás, que aquellas muertes estaban mal hechas... ¡Y tan mal hechas!

Semejantes a los transcritos conocemos otros hechos imposibles de describir, por lo que no se le escapará al perspicaz lector.

### **En Sabadell**

Es ésta una de las ciudades donde más importancia revistió el movimiento revolucionario del mes de Julio y fácilmente se comprende, teniendo en cuenta que es Sabadell una de las poblaciones catalanas donde más desarrollo ha adquirido la industria moderna en todas sus variedades. Eso, lógicamente, ha dado lugar allí a la formación de un contingente enorme de proletariado, que siente con intensidad las ansias de la reivindicación, que agitan por doquiera a las masas populares.

El trabajo enervante del taller y de la fábrica; los roces inevitables entre la clase patronal y la productora, no podían menos que ejercer una influencia decisiva y profunda en el espíritu abierto y liberal de aquél pueblo. Por otra parte, la frecuente circulación de publicaciones y folletos de tendencias progresivas, y la constante propaganda llevada a cabo desde la tribuna en mítines y conferencias, ha contribuido en extremo al fomento de un estado de opinión propicio al desarrollo de la acción emancipadora. Tanto es esto cierto, que los elementos avanzados, en sus diversos matices, ejercen una supremacía absoluta en el orden político, si bien es de considerar que el movimiento social es allí más agudo y apasiona más los ánimos que en muchas otras poblaciones.

No sorprenderá, pues, al lector la afirmación sentada al iniciar el capítulo.

En efecto, el ambiente era allí favorable a una revuelta, que debía surgir al primer chispazo. Los elementos ácratas y socialistas de la localidad, ya desde los comienzos de la infausta aventura marroquí, sintieron la comezón de la protesta; a medida que iban conociendo detalles de los hechos bélicos, se excitaban más y más los nervios y se acentuaban marcadamente las censuras. Las ineficaces disposiciones del gobierno y la escasa fortuna de nuestras armas en Marruecos, enconaron la situación, aumentando el descontento de las masas.

El conflicto estaba planteado; existían todos los factores suficientes para un desorden público. Faltaba sólo un hecho ocasional; algo que desbordara el



cauce de los sentimientos populares.

Y el hecho ocurrió. En ocasión de hallarse fortuitamente y por modo transitorio en Barcelona, dos delegados de Sabadell, venidos para ventilar un cierto asunto con Solidaridad Obrera les fue comunicado por el Comité de huelga el acuerdo de ir al paro general en toda España en son de protesta contra la guerra. La fecha señalada era el día 26.

Los referidos compañeros, se trasladaron inmediatamente a Sabadell con la misión de enterar a los elementos interesados de la resolución de los obreros barceloneses. Al efecto se les convocó, acto seguido, a una reunión secreta que tuvo lugar el mismo domingo por la noche, adoptándose el criterio único, unánime, de secundar activamente los planes del Comité de Barcelona.

En efecto, sin pérdida de momento se organizaron los elementos de protesta en condiciones independientes, encargados de propalar entre la clase obrera el proyecto de paro general para el siguiente día. Y fue tal el entusiasmo con que se acogió la noticia por todos los ciudadanos, tales pruebas dieron de conformidad y adhesión, que al amanecer del lunes, y sin coacción alguna, la vida industrial de Sabadell quedó completamente paralizada.

Las cosas tornaron desde los primeros momentos caracteres alarmantes, hasta el punto que a las nueve de la mañana, fueron interrumpidas todas las comunicaciones, pues se arrancaron los rieles y fueron cortados los hilos telegráficos y telefónicos. Ante la eventualidad de mayores desórdenes fue mandada sobre los revoltosos la Guardia civil, que reprimió con tal dureza a la multitud, que llegó a hacer fuego contra ella.

Esta conducta impropia exasperó en tal grado los ánimos, ya de sí bastante caldeados, que dio origen a la celebración de un mitin al que asistió el pueblo de Sabadell en masa. Los oradores que en él tomaron parte, impugnaron con tal violencia los actos del ministerio, que arrancaron estruendosos aplausos, en forma tal que al usar de la palabra un reservista, que hizo declaraciones contrarias a la guerra, el entusiasmo del auditorio tuvo un desborde de indignación que se manifestó en gritos e imprecaciones.

Terminó la jornada del lunes con la invitación para el día siguiente a un mitin que se celebraría a las nueve de la mañana en el mismo sitio que el anterior.

Este mitin precipitó los acontecimientos. A la salida del mismo, el público enorme se lanzó en dirección a la Casa Ayuntamiento con el propósito de apoderarse de las armas que allí estaban depositadas. La guardia municipal ofreció una resistencia débil a los ímpetus de los manifestantes, lo cual originó



un tumulto. Vino a empeorar la situación un disparo que partió de la Casa Consistorial. Entonces las iras de la masa no tuvieron límites. Se abalanzaron los amotinados contra las puertas, violentándolas, y vino el choque con la guardia. De la primera refriega resultó un obrero muerto y una mujer herida gravemente. Continuaron sonando los disparos y la muchedumbre arreció el ataque con tal violencia, que a los pocos minutos el edificio era pasto de las llamas.

En lo más crítico de la contienda vieron los sediciosos que el secretario del juzgado, tenido en sospechas de agresor, salía huido; cayeron sobre él algunos manifestantes y a los pocos momentos le dejaban ya cadáver.

La misma suerte que la Casa de la Ciudad corrió la iglesia de San Félix, a consecuencia de haberse hecho fuego desde su interior contra el público de la plaza.

Los acontecimientos tomaron otro cariz con la llegada de fuerza del ejército, a la hora del mediodía.

La multitud les recibió entre vítores y aplausos. Pronto se estableció una corriente de simpatía entre los soldados y el pueblo, y se dio expansión a los sentimientos de ambas partes de modo tal, que a los pocos momentos de fraternizar, el paisanaje se arremolinaba bulliciosamente, disgregando las fuerzas, con la persuasión de una conducta franca y cordial.

Sólo pudieron los jefes y oficiales reunir unos veinte individuos de los dispersos, con los cuales se encaminaron hacia la estación, seguidos de un contingente enorme de público en actitud pacífica.

Custodiaban la estación algunos números de la Guardia civil y cuerpo de carabineros quienes al advertir la aproximación del numeroso grupo, temiendo una agresión inmotivada dispararon temerariamente sus fusiles ocasionando varias víctimas, entre las cuales se contaba un muerto.

No es para descrita la confusión que se produjo entre los agredidos a mansalva. Las tropas, sin embargo, tuvieron la suficiente cordura y dominio para no contestar a quien con tal imprudencia les atacaba.

Los hechos relatados, como es de suponer, mantuvieron en tensión todos los ánimos.

Rotas ya las hostilidades, realizadas las primeras violencias, caídas ya algunas víctimas, bien era de esperar que los hechos trágicos no habían llegado en Sabadell todavía al epílogo.

Antes al contrario, la ciudad se mantuvo en armas, desencadenando el vendaval de los odios. Los grupos aumentaron incesantemente y el clamoreo,



las imprecaciones, los gritos de incendio y destrucción salían de todos los pechos.

La funesta provocación descrita incendió en todos el deseo de una cruenta represalia. Al anochecer se movieron amenazadores los grupos de los revoltosos; se dieron voces hostiles al instituto armado dirigiéndose tumultuosamente a la casa cuartel de la Guardia civil. Aquí la lucha fue terrible; los sediciosos se arrojaron bravamente con desnudo al asalto. Una nube de piedras fue lanzada contra las ventanas, desde donde las escasas fuerzas alojadas hacían un fuego incesante sobre los amotinados. Era tal la acometividad, tal el ímpetu de los asaltantes, que lograron forzar las puertas y penetrar en el edificio, donde la reyerta adquirió caracteres espantosos.

Arreció el tiroteo en el interior, cayeron algunos paisanos, y aquí empezó a decaer el espíritu de la revuelta. Se inició un movimiento de retirada, y los grupos se dispersaron fugitivos, abandonando un cadáver en poder de los guardias. Estos, no obstante haber salido victoriosos de la acometida, recibieron tan honda impresión, que, deseosos de evitar nuevos ataques posibles, tomaron el acertado acuerdo de abandonar el inseguro alojamiento, saliendo en busca de bienhechora compañía, con lo cual resultó que en la noche del martes se concentraron en la estación todas las fuerzas de la ciudad de Sabadell.

Al día siguiente, por la mañana, recrudeció la indignación con los apasionados comentarios que se hacían sobre los episodios luctuosos de la anterior jornada. Corrían por los grupos de boca en boca, las más estupendas versiones. En alas de la fantasía, las gentes creían en la existencia de atroces mortandades. Todo lo cual contribuyó a que aumentara la aversión contra los guardias, y se proyectó un nuevo asalto.

Se ha dicho, ya que el cuartel estaba abandonado desde la pasada noche. Así es que llegados los revolucionarios ante el edificio, les fue bien fácil penetrar en él y apoderarse tumultuosamente de cuantos objetos les venía a mano. La devastación fue fatal, imponente. Multitud de utensilios fueron arrojados a la calle hechos añicos.

En la Rambla, ante el cuartel, se amontonaban los objetos lanzados desde las ventanas, y se les prendía fuego. Asimismo la multitud pegó fuego al cuartel, que fue tan sólo destruido en parte.

Nada más de anormal sucedió en la mañana del miércoles.

A primeras horas de la tarde se propaló el infundio de haber sido proclamada la República por los revolucionarios de Barcelona. La especie fue



acogida con transportes de alegría por todo el pueblo en armas, de modo que pronto cundió la idea de darla inmediata realidad. El entusiasmo era indescribible en todo Sabadell; las masas aclamaban calurosamente a la República. Tras los primeros momentos expansivos, alguien expresó la conveniencia de celebrar una reunión, de donde saliera formulada y concreta la aspiración genuina de los elementos revolucionarios. En efecto, así se hizo. La asamblea representativa proclamó instaurada la República en la ciudad de Sabadell. Una vez tomado el trascendental acuerdo, se constituyó una Liga de defensa, con función ejecutiva sobre cuantos desafueros e immoralidades tuvieran efecto en el territorio republicano. Este efímero ensayo de gobierno democrático puso de manifiesto las virtudes cívicas de los sabadellenses. Durante el intervalo brevísimo que el pueblo ejerció plenamente el derecho de su soberanía, ninguna ley natural fue conculcada: la vida civil se desarrolló en el lapso de dos días imperturbablemente, mantenida en los límites de la más estricta moralidad política, sin tilde de alarde vanidoso. Pueden aquellos ciudadanos, que tan bellas y edificantes pruebas de altruismo dieron, regalarse evocando aquellos días memorables en la historia de la revuelta catalana.

El jueves y el viernes transcurrieron con una relativa tranquilidad. Recordemos aquí que el martes se habían replegado en la estación todas las fuerzas de la localidad después del asalto e incendio del cuartel de la Guardia civil. Estas fuerzas, lejos de intentar movimiento de avance, que les hubiese resultado fatal, se mantuvieron siempre en actitud puramente defensiva, puestos al cubierto tras unos parapetos que formaron con vagones. Sin embargo, disparaban en ocasiones sobre ciertos grupos que juzgaron hostiles. Esto motivó una agresión formal por parte del pueblo. Contaban los sediciosos con un armamento nutrido y bien dispuesto, entre el cual figuraba un número regular de mausers que obtuvieron de las tropas en dispersión el lunes a las primeras horas de la tarde.

Con ánimo de contestar a los provocadores de la estación, un fuerte núcleo de obreros se remontó a la torre de la incendiada iglesia de San Félix, y desde aquel lugar emprendieron un terrible tiroteo contra el oculto beligerante. Se hostilizaron así por espacio de muchas horas los de uno y otro bando, sin acometerse, y sólo cesaron los de la torre al recibir orden expresa, anunciadora de que la paz en breve sería restablecida.

Los acontecimientos tocaban ya a su término: se cerraba el período revolucionario.

Normalizada ya la situación en Barcelona y otros puntos, contra lo que



era opinión general en Sabadell, y llegadas a la región tropas de diversas partes de la Península, ya las autoridades militares estaban facultadas de los medios para conjurar eficazmente el movimiento revolucionario. Así es que a la tarde del sábado se presentó a la vista de la ciudad la brigada Bonet.

Como intentara el acceso con el valimiento de las armas, fue hostilizada con tal dureza, que se vieron las tropas precisadas a replegarse. Esa actitud de sensatez impidió mayores males, pues motivó una tregua que serenó los espíritus y abrió de razón a provechosas y fecundas deliberaciones. Se discutía en el seno de las juntas integradas por personas influyentes, sobre el procedimiento más expeditivo de solucionar el conflicto. Se inclinaban ya los ánimos a la opinión de proseguir la lucha, cuando circuló la voz de la completa pacificación de la capital.

Esta versión fidedigna, claro está que hizo fracasar todo proyecto de una resistencia insostenible y por otra parte innecesaria. Así las cosas, se destacó una comisión de propietarios en solicitud de parlamento al brigadier Bonet, jefe de las fuerzas, a quien manifestaron la conveniencia de demorar la entrada a la ciudad hasta el día próximo, al objeto de evitar roces y asperezas.

Estuvo acertadísimo Bonet, otorgando aquiescencia a la petición del pueblo, pues que encrespadas las pasiones por tan recientes hechos, resultaba temerario de todo punto establecer contacto entre elementos que hasta entonces se habían batido. Era además satisfactoria la transacción propuesta por los propietarios, por cuanto el pueblo, fundadamente receloso, deseaba garantías de lealtad al entregarse a la merced del contrincante. Y era de esperar también nuevas noticias, datos fehacientes que corroboraran la supuesta tranquilidad de Barcelona.

Las cosas sucedieron conforme a lo propuesto y deseado por entrambas partes.

Las fuerzas del ejército hicieron su entrada en Sabadell, sin que se promoviera incidente alguno desagradable.

Por la tarde la nueva autoridad militar fijó públicamente un bando, en el cual se comunicaba a todos los habitantes que retuvieran armas de cualquier clase, a hacer entrega de ellas, lo que algunos efectuaron.

Para mejor apreciar el ardor, el entusiasmo con que el Sabadell obrero se había entregado a la causa revolucionaria, basta recordar el ofrecimiento hecho el martes por la noche, por una comisión de revolucionarios sabadellenses a la comisión de huelga de Barcelona, de mil hombres armados, dispuestos a venir a la ciudad al primer aviso si su presencia era útil a la causa de la



Revolución.

La comisión no pudo aceptar tan generoso como entusiasta ofrecimiento, porque en aquellos precisos momentos estaba haciendo vivas gestiones encaminadas a dar al movimiento iniciado un giro distinto del que había tenido hasta entonces, teniendo el sentimiento de no encontrar, fuera del elemento obrero, nadie dispuesto a secundarle en sus iniciativas.

### **En Tarrasa**

El sábado 24 de julio, se repartió profusamente una hoja firmada por varios jóvenes de la localidad, en que se hacía la crítica del reaccionario Gobierno de Maura, por llevar al pueblo a una guerra tan injusta e impopular como la de Marruecos. Además, en dicha hoja, se pedía a todas las sociedades corales y recreativas que suspendiesen los bailes y fiestas por unos días, en señal de protesta.

El domingo 25 sólo se hablaba del paro general para el siguiente día, del cual era favorable la opinión. Por la tarde del expresado día, un grupo de jóvenes intentó hacer parar por la fuerza algunos bailes que se celebraban, dando lugar a algún alboroto, en el que tuvo de intervenir el alcalde, D. José Rigol.

A las 8 de la noche salió de Tarrasa una comisión con objeto de avistarse con los obreros de Sabadell. Como quiera que en esta última localidad ya se estaba preparando el paro, de allí salió otra comisión obrera hacia Tarrasa, encontrándose ambas en mitad del camino. Dadas las explicaciones necesarias los compañeros tarrasenses se dirigieron a Sabadell en unión de los demás camaradas de esta ciudad, donde se celebraba una importante reunión, en la que fue aprobado el paro general para el día siguiente.

El lunes 26 salieron de Tarrasa dos comisiones, una para Sabadell y otra para Barcelona, las cuales estuvieron de vuelta a las once de la mañana trayendo la noticia de que lo mismo en una localidad que en otra el paro era general.

Inmediatamente se nombraron comisiones que recorrieron fábricas y talleres, y a las doce el paro era completo en la población. A las tres de la tarde se agruparon algunos centenares de personas frente a la Estación del ferrocarril y empezaron a levantar rieles e incendiaron los dos puentes que hay cerca, llamados de Las Arenas y de Olesa.



En la estación había 3 o 4 parejas de la Guardia civil, las cuales al intentar despejar la vía se vieron arremetidos por la multitud. Una obrera arrebató el revólver al teniente de dicha fuerza, pero con buenas palabras y prometiendo que no haría fuego consiguió resquitar el arma. En aquel momento llegó al mismo sitio un capitán del propio cuerpo, aconsejando a la multitud que se retirase buenamente; así lo hizo ésta; mas apenas estaba a unos veinte metros mandó hacer fuego, repitiéndose las descargas dos o tres veces y resultando seis heridos, entre ellos una joven de unos veinte años. El resto del día transcurrió comentándose el suceso, mientras algunos grupos derribaron los postes del telégrafo.

El martes llegó procedente de Manresa un batallón del regimiento de Lérida, al mando del teniente coronel D. Alfredo Moreno, el cual después de guarnecer la Casa de la Ciudad y otros importantes edificios mandó publicar un bando declarando el estado de guerra.

Por la tarde, a las dos, se organizó una imponente manifestación de mujeres, que recorrió las calles más importantes de la ciudad, llevando al frente, un estandarte con la siguiente inscripción:

«Viva España: Guerra a la guerra: Las mujeres de Tarrasa, año 1909.»

Durante una parte del trayecto que recorrió, no halló ningún obstáculo, pero al llegar a la calle de San Pedro, unos 50 soldados, al mando de un oficial, intentaron parar la manifestación. Pero las mujeres, que iban decididas, empezaron a gritar, sin temor a los fusiles: ¡Paso a la justicia del Pueblo; ¡Guerra a la guerra!

Viendo que no conseguía disolver a la multitud, se dieron los dos toques de atención, pero en aquel momento se presentó el alcalde y el teniente coronel, preguntando el primero a los manifestantes lo que pedían, a lo que contestaron que ya lo decía el estandarte, y que además querían acabar de dar la vuelta a la población.

El alcalde consultó con el jefe de la fuerza, mientras tanto el pueblo fue avanzando, hasta que sin darse de ello apenas cuenta, se vio confundido con las tropas. Entonces se abrazaron hombres y mujeres, siendo aquellos momentos de intensa fraternidad, entre las tropas y el pueblo.

Algunos paisanos llegaron a tener fusiles de los soldados en las manos, los cuales eran devueltos, después de encargarles eficazmente que no disparasen contra el pueblo, toda vez que la protesta se hacía a favor de ellos. Ante tales manifestaciones de simpatía, los jefes hubieron de ceder, y la



manifestación siguió su curso.

Más tarde, y previa la correspondiente autorización, se celebró un mitin en la plaza del Progreso, en el que hablaron una compañera y tres obreros, acordándose continuar en la misma actitud mientras persistiesen en el paro Sabadell y Barcelona. Al propio tiempo, se nombró una comisión encargada de transmitir al teniente coronel la voluntad del pueblo, sintetizada en las siguientes conclusiones:

1.<sup>a</sup> Que se retiraran las fuerzas de la Guardia civil y del somatén,

Y 2.<sup>a</sup> Que no salieran más soldados de Tarrasa a Melilla, sino era con el servicio militar obligatorio.

Durante el resto de la semana, continuó unánime el paro, pero sin ocurrir nada de extraordinario.

El trabajo se reanudó el lunes de la semana siguiente, durante la cual empezaron las detenciones, que llegaron a unas 32. La mayor parte de los detenidos nada habían hecho.

### **En Villanueva y Geltrú**

Como en otras importantes poblaciones de Cataluña, el movimiento empezó en ésta el lunes 26 de julio con la quema de las casetas de consumos.

Aparte este detalle, no se realizó ningún atentado ni contra las personas ni contra la propiedad.

Iniciado el paro general el lunes, prosiguió toda la semana, durante la cual no se amasó pan, en ninguna tahona, no por imposición de los elementos revolucionarios, sino por espontáneo acuerdo de los patronos, temerosos acaso de que después de una semana sin trabajar absolutamente nadie, podría serles muy difícil cobrar el importe de las partidas que entregasen al fiado.

Ante la carencia de pan en la población, los vecinos se vieron obligados a diseminarse por las masías y por los pueblos de los alrededores, en busca de tan indispensable elemento de vida.

La semana transcurrió sin otros incidentes que los enumerados y un pequeño conflicto que motivó unas descargas que ocasionaron un herido.

A pesar de esta circunspección, plenamente reconocida por todas las personas imparciales, apenas transcurrió la semana de los sucesos, se inició una feroz persecución, deteniendo obreros a diestro y a siniestro y llenando la cárcel de honrados ciudadanos, sin más razón ni motivo que el no mostrarse



entusiastas partidarios de la feroz persecución iniciada por el Gobierno del funesto don Antonio Maura.

Y, no obstante la inocencia de los detenidos, continuaron en la cárcel la mayoría de ellos durante algunos meses, siendo después libertados a pequeñas dosis en reciente fecha.

### En Sitges

En pocas poblaciones de Cataluña transcurrió el lunes 26 de julio tan tranquilamente como en ésta.

El movimiento se redujo a un paro general del trabajo, como acto de solidaridad al sentimiento general de protesta iniciado contra la guerra por todo el proletariado español, registrándose solamente, como actos no ajustados a la ley, la presencia en la estación de un grupo que por breves momentos llegó a apoderarse del telégrafo, y el corte de algunos hilos transmisores.

Ni en el día de referencia ni en los sucesivos ocurrió más. No se atentó contra las personas ni contra las cosas; no fue incendiado ningún convento ni iglesia alguna, ni se produjeron, en una palabra, otros hechos que los narrados. Tal sería la circunspección y el respeto con que se condujo aquella clase obrera, que un periódico tan reaccionario como *La Veu de Catalunya*, comentando lo ocurrido en Sitges, lo presentaba como un modelo, y a aquellos trabajadores como correctos y atentísimos.

Por eso transcurrieron muchos, días sin que se operase en el pueblo ninguna detención. El hecho se consideraba absolutamente normal. Si nada importante había ocurrido ¿a qué detener y encarcelar, imponiendo sufrimientos sin cuento a honrados trabajadores?

Mas si era este el común pensar y el común sentir de los hombres honrados de la hermosa población de la costa, en cambio no faltó quien, de alma ruin y miserable, juzgó que había llegado el momento oportuno para poder deshacerse de unos cuantos trabajadores, los más dignos, abnegados y estudiosos, de ideas socialistas, y con ellos de la organización obrera de la localidad.

Y apelando a lo más bajo e indigno que pueda concebirse, a la infame delación, fueron presos y conducidos a la cárcel de Villanueva y Geltrú hasta trece camaradas, dejando sumidas a sus familias en el mayor desconsuelo.

Estos compañeros fueron acusados de delitos inverosímiles, esto es, de



los delitos que pudiesen haber ocurrido en la población (pero que no ocurrieron), por lo que llegó a pedírseles penas exorbitantes, tratándose en algún caso de la capital.

Afortunadamente, las almas viles e hipócritas, que tantos sufrimientos acarrearón a los detenidos y a sus familias, no consiguieron sus miserables propósitos, no tuvieron la satisfacción de ver impuesta una sola condena, y aquellos obreros dignos y honradísimos, objeto de todos sus odios y sus venganzas, han vuelto a sus hogares, con gran satisfacción de sus familias y de todas las personas de alma grande y generosa.

### **En Mataró**

Al iniciarse la guerra de Marruecos y al embarcar en Barcelona los primeros batallones con destino al África, de donde llegaban a diario noticias por demás graves, la clase trabajadora de Mataró se propuso unir su voz a la protesta levantada contra aquella tan improcedente como inoportuna guerra, por los obreros conscientes de toda España.

Pero a pesar de hallarnos en período legal, esto es, en pleno funcionamiento de la Constitución, los levantados propósitos de los obreros mataronenses no pudieron traducirse en hechos. El soberbio Ossorio, cumpliendo, o sin cumplir, órdenes de La Cierva y de Maura, impidió la celebración del mitin preparado con el objeto de protestar contra la guerra.

El lunes por la mañana empezaron a circular por la ciudad noticias de haberse iniciado un importante movimiento en Barcelona. Hasta el mediodía nada ocurrió de particular, pero a las tres de la tarde un numeroso grupo se dirigió a la fábrica de electricidad, imponiendo en ella el paro e imponiéndolo, en consecuencia, a los establecimientos fabriles de la población.

A las tres de la tarde el paro era total. La ciudad en masa veía con singular simpatía el movimiento.

Por ser víspera de la fiesta mayor, había algunas calles engalanadas.

El grupo antes citado se dirigió entonces al alcalde en demanda de que, ante las tristes noticias que se recibían de Melilla y ante el general sentimiento de la población con motivo de la guerra, diese orden de retirar las colgaduras, lo que se hizo acto seguido, mientras el Ayuntamiento acordaba suprimir las fiestas.

La noche del lunes se celebró una reunión de delegados obreros,



acordándose en ella declarar la huelga pacífica. Por 16 votos contra 9 se acordó asimismo que los establecimientos permaneciesen abiertos.

El martes por la mañana fueron quemadas las casillas de consumos. Un grupo intentó quemar el convento de Salesianos, no consiguiendo su objeto. Al propio tiempo otro grupo causaba algunos destrozos en la vía del ferrocarril, presentándose después frente a la zona militar, pidiendo las armas que en ella existían, siendo recibido con descargas, de las que resultó un herido grave.

Ante los actos de violencia iniciados, los delegados obreros designados para formar parte de la comisión declinaron su representación.

El día 28 el alcalde declinó su cargo, haciendo entrega del mando al coronel de la zona.

El día 29 los concejales republicanos invitaron a la comisión de huelga a cooperar a la obra de pacificación de la ciudad.

Poco después, desde el balcón del Centro Republicano, arengaron al pueblo, preguntándole si depositaba en ellos la confianza. El pueblo contestó afirmativamente, añadiendo los concejales de referencia que si en Barcelona se diese un grito, Mataró lo secundaría inmediatamente.

Entonces dicha comisión, compuesta de elementos de todas las tendencias liberales, se convirtió en Junta revolucionaria y abrió una suscripción voluntaria entre los primeros contribuyentes con el fin de poder hacer unos bonos para todas las personas necesitadas. Estos bonos fueron de pan, arroz, vino, carne y gallina, haciendo entrega de ellos a cuantos pidieron.

El reparto duró desde el día 29 hasta el 2 de agosto, en que llegó fuerza de la Guardia civil a la ciudad.

Uno de los días de la semana el cañonero Temerario desembarcó fuerzas. En la ciudad no se cometió ningún crimen, conduciéndose los revolucionarios con la misma corrección que en todas partes, pues respetaron vidas y haciendas y no causaron más destrozos que los indicados, o sea el incendio de las casetas de consumos y escasos desperfectos a la vía férrea.

No obstante, la represión fue tremenda. La cárcel se llenó de obreros, algunos de los cuales no han alcanzado hasta recientemente la libertad. Para escapar de la represión tuvieron que huir al extranjero buen número de trabajadores.

Como en todas partes, la reacción quiso acabar en Mataró con las energías revolucionarias, lo que no ha de conseguir a pesar de todos sus esfuerzos, pues para ello sería preciso antes suprimir el sistema social que engendra la desigualdad entre los hombres.



## En Monistrol y San Vicente de Castellet

El movimiento empezó en el primero de dichos pueblos con una manifestación realizada el 27 de julio a las nueve de la noche, en el que tomaron parte solamente mujeres del pueblo al grito de ¡Abajo la guerra! ¡Viva el servicio militar obligatorio! Guiadas por un estandarte, en el que aparecían estas inscripciones, las expresadas mujeres recorrieron la población y se dirigieron a las Casas Consistoriales con el propósito de hacer constar sus deseos ante la primera autoridad local.

El 28, el día designado para ingresar en filas los dos reservistas que había en la población, los cuales al intentar salir del pueblo fueron detenidos por una multitud de mujeres que les impidieron cumplir su cometido.

Poco después, los dos reservistas, acompañados de un grupo de unos 40 hombres salían de la población en dirección a Tarrasa con objeto de entregarse a la Junta Revolucionaria, que según rumor público funcionaba en la última ciudad. El paro fue general este día en toda la comarca, así en los centros industriales como en los campos.

El 29 transcurrió sin la menor novedad. El día 30 se presentó un grupo de 80 a 90 hombres a eso de las nueve de la mañana. Procedían de Collbató y otros pueblos de la comarca, y proclamaban la huelga general como protesta contra la guerra de Marruecos. Pidieron entrevistarse con una comisión de Monistrol, a la que propusieron dirigirse a San Vicente de Castellet con objeto, dijeron, de hacer paralizar los trabajos. Con este fin salió de Monistrol en dirección a San Vicente, a las tres de la tarde, un grupo de más de 70 personas, entre las que se contaban algunos niños. Al llegar a la plaza de la última población celebraron un mitin de protesta contra la guerra, diseminándose después.

En la estación del ferrocarril había 22 vagones cargados de mercancías. Alguien (se asegura que un individuo solo) pegó fuego a los vagones, ardiendo todos. Este atentado y el corte de algunos hilos telegráficos fue todo lo ocurrido. No se atentó contra las personas, ni siquiera se hizo la menor demostración contra la residencia de unas hermanas de la enseñanza instaladas en Monistrol.

Por los hechos relatados fueron detenidos el día 4 de agosto 20 hombres, el 18 de agosto 6 y el 13 de septiembre 6 más. Para juzgar a los detenidos de



Monistrol y San Vicente se han celebrado dos Consejos de guerra, el primero de los cuales juzgó a 13 de los procesados, condenando a 12 a cadena perpetua y a 17 años de presidio al restante, por razón de edad. El otro Consejo absolvió a 3 de los otros 20 detenidos e impuso a 17 la pena de dos años y cuatro meses de prisión correccional, de la que fueron indultados.

### **En Manlleu**

En esta importantísima población fabril nada ocurrió durante la semana de los sucesos.

Manlleu tenía ya empeñada la lucha con el gran explotador Rusiñol, y no quiso, bajo ningún pretexto, proporcionar a éste, ni a los representantes de la burguesía, medios de triunfo y de opresión.

No obstante, tratándose de una población eminentemente liberal y obrera, no podía dejar de protestar contra la funesta guerra de Marruecos, lo que hizo por medio de una grandiosa manifestación, en la que tomó parte todo el pueblo, incluso los propios elementos conservadores.

En pocas poblaciones de España, acaso en ninguna, fue tan unánime la protesta contra la nueva y sangrienta aventura, que el funesto Gobierno de Maura nos deparaba.

Durante toda la semana, centenares de hombres estaban dispuestos a abandonar aquella comarca y presentarse en Barcelona a luchar al lado de los revolucionarios para el derribo de las instituciones, al primer aviso que al efecto hubiesen recibido.

En Manlleu no se efectuaron detenciones, tal vez debido a la digna actitud observada por las autoridades locales.

### **En la comarca del Ter**

Como en Manlleu, el paro fue general desde el martes de aquella semana, en todas las poblaciones de la Comarca, realizándose en ellas imponentes manifestaciones de protesta contra la guerra de Marruecos, a las que concurrían en gran número hombres, mujeres y niños.

El orden no llegó a alterarse en ninguna de las localidades.

Durante toda la semana las comisiones de huelga celebraron asambleas



comarcales, las cuales tuvieron lugar en Manlleu, previa autorización de la autoridad militar.

No obstante la corrección guardada, fueron detenidos y encarcelados en Vich, 21 hombres de Torelló, 28 de San Quirico de Besora y Montesquiu y 2 de Ripoll.

En la cárcel de Puigcerdá fueron encerrados 42 hombres de Ripoll. Algunos más lo habrían sido, indudablemente, de no haber pasado la frontera. Algunos de los detenidos de Torelló, San Quirico y Montesquiu, esperan la celebración del Consejo de guerra, por no haber sido comprendidos en el indulto.

### **En Calella**

Huelga general durante toda la semana; corte de hilos telegráficos y telefónicos, y levantamiento de la línea férrea; tales fueron los hechos ocurridos en esta fabril e importante población de la costa, durante la semana revolucionaria.

Lo propio exactamente que en Calella, ocurrió en las demás poblaciones de la comarca, o sea en Pineda, Malgrat, etc., etc., en ninguna de las cuales se produjeron desórdenes, ni se llevaron a cabo actos atentatorios a las personas ni a la sacrosanta propiedad.

No obstante, de todas estas poblaciones fueron a dar con sus huesos en la cárcel numerosos trabajadores.

### **En Badalona**

Como esta industrial ciudad es una prolongación de Barcelona, es por demás decir que Badalona con motivo de la protesta contra la guerra del Rif, como en todo otro movimiento iniciado por el pueblo, éste participa de las mismas ideas y de los mismos sentimientos que el pueblo barcelonés. Como éste, declaró la huelga general el mismo lunes 26 de julio, pegó fuego en algunos establecimientos religiosos, sostuvo algunos choques con la fuerza pública, y durante toda la semana mantuvo cerrados talleres y fábricas, en espera de que un acontecimiento de importancia viniera a cambiar el curso de la historia de España.



Lo mismo que en la mayor parte de poblaciones, donde pasa la línea férrea, fueron levantados los rieles y cortadas las líneas telegráficas.

El lunes por la tarde salió de Badalona, en dirección a la capital, un fuerte grupo de revolucionarios entre los cuales dominaban los elementos jóvenes. Iban en su mayoría provistos de palos, pero no cometieron el menor desliz.

No ha sido esta de las poblaciones en que más se ha dejado sentir el peso de la represión.

### **En Premiá de Mar**

En este pueblo de la costa, en actitud revolucionaria como todos los vecinos, un grupo de revoltosos se estacionó, durante la noche del miércoles, ante el convento de frailes allí establecidos, en actitud nada pacífica.

Se disponían los religiosos a la defensa, cuando del mar vieron acercarse apresuradamente un buque, el cual enfocó con los reflectores el convento de frailes y la multitud que la rodeaba.

Poco después, los religiosos abandonaban su edificio y se dirigían a la orilla del mar, donde tomaban asiento en una barquilla, que les conducía al barco anclado un poco más adentro, y que no era otro que el cañonero Destructor.

### **En otras poblaciones**

Es imposible describir una por una lo ocurrido en infinidad de otras poblaciones de Cataluña durante los días de la revolución de julio. Para ello sería preciso, no un folleto de reducidas páginas, sino un voluminoso tomo.

En el Bajo Ampurdán el movimiento revolucionario alcanzó enormes proporciones. Fue una verdadera sublevación popular en toda regla. San Feliu de Guixols, Palafrugell, Palamós, Cassá de la Selva, La Bisbal y otras importantes poblaciones de aquella republicana región, dieron evidentes pruebas de sentir todo el merecido odio a instituciones caducas y de querer con toda el alma una organización más de acuerdo con los principios modernos y con la dignidad humana.

En todas estas poblaciones se quemaron algunos edificios religiosos y se cortaron todo género de comunicaciones, transcurriendo los días en espera de



noticias que acreditasen haberse dado un grito, haber ocurrido algo de lo que con tanto interés se esperaba en Barcelona o Gerona, para secundar el movimiento. Vencido éste, acto seguido empezó, como en todas partes, la represión más feroz, llenándose las cárceles de obreros, la mayor parte de los cuales han pasado meses y meses alejados del seno de sus familias, las cuales han sufrido moral y materialmente los terribles efectos de la más indigna de las persecuciones.

Otro capítulo no menos importante que el del Ampurdán precisaría para describir lo ocurrido en Manresa, donde el elemento revolucionario puso de manifiesto que no está bien aplicado a dicha ciudad el nombre de levítica. Mejor que éste le cuadraría el de revolucionaria, pese a San Ignacio de Loyola y al enjambre jesuítico que en la ciudad y en la Cueva pululan constantemente, viviendo a costa de un proletariado tan digno como honrado.

Podía, todo lo más, decirse que en la ciudad del Llobregat hay un pueblo reaccionario, pero ante tal afirmación está la categórica que se desprende de los hechos ocurridos durante la semana de julio que demuestran la existencia de otro pueblo más numeroso, que desea ardientemente el triunfo del ideal revolucionario. En la llamada ciudad levítica fueron pasto de las llamas algunos conventos e iglesias.

Como en todas partes, la represión fue feroz.

Otra de las poblaciones donde la revolución fue secundada con más empeño por el proletariado fue en Granollers.

Apenas se supo, a las primeras horas del lunes, que la huelga general era un hecho en Barcelona y su llano, comisiones de obreros recorrieron las fábricas y talleres de la capital del Vallés, invitando a sus compañeros a abandonar el trabajo en señal de protesta contra la sangrienta aventura de Marruecos empezada en mal hora por el despótico gobierno de Maura.

Varios días fueron dueños de la población los trabajadores, constituyendo una Junta de defensa, que si no se distinguió por sus grandes iniciativas, dio pruebas de honradez acrisolada y de sentir, como el resto de la población obrera, ansias de libertad y de redención.

Como todas las poblaciones de Cataluña, Granollers esperó hechos, que no se realizaron en la capital, para secundarlos resueltamente.

También en la comarca del Panadés se produjo un intenso movimiento de protesta. Vilafranca, San Feliu del Llobregat, Martorell y otras poblaciones, pequeñas algunas de ellas, secundaron perfectamente la actitud de Barcelona.



Puede afirmarse, en una palabra, que las provincias de Barcelona y Gerona, casi sin excepción de pueblos grandes ni pequeños, se alzaron en masa protestando contra la guerra de Marruecos, y derramando generosa sangre para implantar un sistema de reclutamiento que no esté basado en el irritante privilegio de la exención a metálico.

### **A las víctimas**

No hemos de terminar estas líneas sin dedicar un recuerdo a las víctimas de la reacción imperante.

Los nombres de Baró, Malet, Hoyos, Clemente y Ferrer, los cinco fusilados en los fosos del castillo de Montjuich por la brutal represión maurista, han de ocupar un lugar preferente en la memoria de cuantos aspiran a la implantación de un régimen verdaderamente liberal, que ponga término de una vez para siempre a la vergüenza que significa el entronizamiento de la más repugnante reacción en España.

Tampoco debemos olvidar a los muchos centenares de trabajadores que durante largos meses han llenado las cárceles de gran número de poblaciones, muchos de los cuales se hallan actualmente en presidio.

Todos han sido víctimas de los estertores del régimen imperante. ¡Ojalá sean las últimas que produzca!

### **El indulto**

Prometió Canalejas al subir al poder hacer justicia y reparar los errores cometidos, por medio de un indulto amplio que abriese las puertas de las cárceles a los muchos centenares de obreros que las ocupaban.

Tal obra de reparación y de justicia ha sido realizada solamente a medias. Han sido indultados, en efecto, un número regular de presos, pero quedan todavía muchos en las cárceles; sólo en la Modelo, de Barcelona, hay 150 que en vano claman y protestan un día y otro día contra una detención que no puede ser más injusta. En las restantes de Cataluña hay todavía asimismo algunos detenidos.

¿Qué habrá de hacer el proletariado para abrir las puertas de las cárceles y de los presidios a tantos camaradas que en ellas gimen víctimas de su amor a la paz y a la libertad de los pueblos?



## Las mujeres y la revolución

Una nota consoladora debe registrarse tratándose de la revolución de julio en Cataluña.

Esta nota hermosísima la proporcionan las mujeres de esta liberal región.

Ellas fueron el alma del movimiento. Sin ellas en muchas poblaciones no se hubiese exteriorizado la protesta ni hubiese ocurrido nada.

Ellas, que son madres, que son hermanas, que son esposas, que están movidas por un intensísimo sentimiento de amor a los hijos, a los hermanos y a los esposos, que recuerdan a los seres queridos volviendo de las últimas guerras coloniales convertidos en esqueletos, vieron con lágrimas en los ojos que empezaba una nueva guerra y que nuevos hijos iban a ser sacrificados, no ya para defender la integridad de la patria, sino para atentar a otra patria tan digna de respeto como la nuestra, con objeto de defender los intereses de un puñado de capitalistas.

Y apenas posesionadas de estos hechos e iniciada la protesta por el elemento obrero, la secundaron ellas propagando el movimiento con verdadero entusiasmo.

Muchas han pagado con largos meses de cárcel y algunas con condenas, variando de meses de encierro a pena de muerte, el cariño con que trabajaron para el triunfo de la causa del pueblo.

Aunque no es esta la primera vez que las mujeres toman una parte activa en el movimiento revolucionario, importa consignar que en ninguna de las revoluciones habidas hasta hoy realizaron un papel tan importantísimo.

Que el proletariado se lo tenga en cuenta, y que no olvide el concurso de tan trascendental factor para las gloriosas jornadas de la Revolución del porvenir.